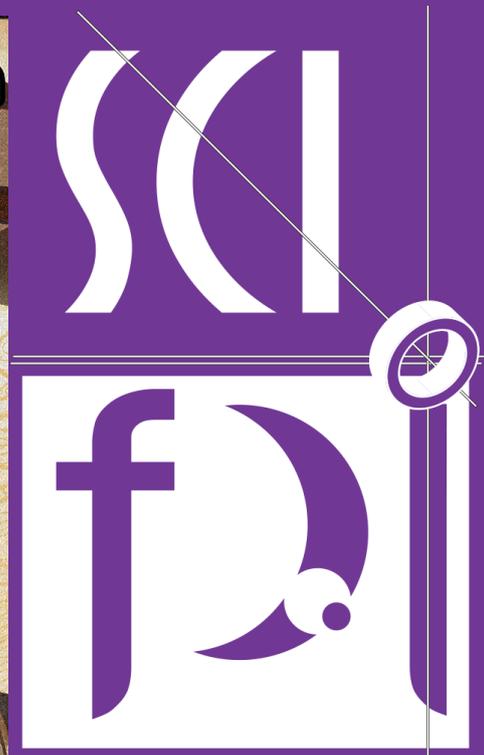


Sci-Fdi: Revista de Ciencia Ficción
de la Facultad de Informática
de la UCM



Nölt, Azumi, ecología...
Las historias nos persiguen
desde libros lejanos

Portada: Juw | <http://www.ucm.es/sci-fdi> | scifdi@fdi.ucm.es



**UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID**

·No soy yo quien ha escrito este artículo ·La soledad alemana ·No infectes a mis hijos ·Nölt ·Azumi ·Tecnología, naturismo y maltusianismo: la angustia ecológica en la ciencia ficción

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Héctor Cortiguera Herrera
Marco Antonio Gómez Martín
Javier Muñoz Pérez
Salvador de la Puente González
Francisco Romero Calvo
Fernando Rubio Diez
Julio Septién del Castillo
David Sigüenza Tortosa

Portada

Juw

La plantilla para la maquetación de este número de Sci-Fdi ha sido realizada enteramente en \LaTeX por David Pacios Izquierdo (Pascal) como colaboración con la Oficina de Software Libre y Tecnologías Abiertas de la Universidad Complutense de Madrid.



OFICINA DE SOFTWARE LIBRE
VICERRECTORADO DE TECNOLOGÍA Y SOSTENIBILIDAD
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE MADRID

Editorial

Comité Editorial

Al escribir estas líneas en plena ola de calor que parece haber llegado para quedarse todo el verano, no podemos por menos que acordarnos de la película *Soylent Green*, ambientada en un sofocante escenario de superpoblación y calor asfixiante en un futuro y distópico año 2022... Vamos, que parece que *Cuando el destino nos alcance* ya nos ha alcanzado. Eso sí, mientras tratamos de no convertirnos pronto en materia prima usable por la Soylent Corporation, les proponemos un número refrescante con relatos, ensayos y capítulos de libros de reciente publicación.

Comenzamos el número con Florentino Briones, que por fin lo ha admitido y nos ha dicho *No soy yo quien ha escrito este artículo*. Tras esta desconcertante confesión, analizamos qué implicaciones tiene *La soledad alemana*, para posteriormente considerar un tipo alternativo de maternidad en *No infectes a mis hijos*. Tras los relatos, damos paso a la presentación de *Nölt* incluyendo el primer capítulo de este libro que el lector seguro que querrá leer del tirón y que no podemos por menos que recomendar como lectura para este verano. A continuación introducimos también el primer capítulo de *Azumi*, que nos presenta la compleja situación de un proceso de hibernación. Completamos el número con un nuevo trabajo de nuestro ensayista de cabecera, que en esta ocasión nos ilustra sobre ecología y ciencia ficción. Como de costumbre, resulta una lectura enriquecedora que nos anima a leer (o releer) grandes obras a veces olvidadas.

Antes de finalizar, el equipo editorial desea realizar una importante aclaración. Ha llegado a nuestro conocimiento el rumor recientemente propagado de que nues-

tros relatos contienen mensajes subliminales con el fin de convencer a nuestros lectores para que donen sus cuerpos a Soylent Corporation. El equipo editorial y los responsables de la Facultad desean anunciar que, lógicamente, estas acusaciones son únicamente habladurías sin fundamento. Es bien sabido que somos firmemente defensores de la dieta mediterránea clásica, no de comernos a los mediterráneos propiamente dichos. Si alguien tiene dudas sobre ello, que nos invite a comer a cualquier restaurante (de lujo a ser posible, claro) y verá cómo saboreamos la dieta local...

Índice

No soy yo quien ha escrito este artículo	4
La soledad alemana	6
No infectes a mis hijos	11
Nölt	13
Azumi	18
Tecnología, naturismo y maltusianismo: la angustia ecológica en la ciencia ficción	28

Edición web: <http://www.ucm.es/sci-fdi>
Envíos y sugerencias: scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-FDI se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



No soy yo quien ha escrito este artículo

Briones, Florentino

Mis lectores quizás no sepan que soy matemático (doctor en matemáticas, cum laude y premio extraordinario, por supuesto), y que también soy ingeniero nuclear e ingeniero informático. Y debo decir, sin falsa modestia, que en las tres áreas soy muy bueno. Un genio, en realidad.

Mis lectores se preguntarán por qué un genio como yo se dedica a escribir tonterías en una revistilla que no lee prácticamente nadie. La respuesta es que, aunque parezca lo contrario, no soy yo quien las ha escrito. Yo me he limitado a publicar las entradas que han aparecido en un blog que no he escrito yo.

Me explico:

Me jubilé hace seis años y, naturalmente, no he estado todo ese tiempo de brazos cruzados. Me he dedicado a llevar a cabo un proyecto a la altura de mis vastos conocimientos: construir un ordenador neutrónico.

No voy a explicar aquí como funciona un ordenador neutrónico porque alguien podría copiarme la metodología y patentarla como suya. Además, dudo bastante que mis lectores estén capacitados para entenderla. Diré únicamente que, aprovechando que los neutrinos viajan a mayor velocidad que la luz, como hace poco demostraron unos científicos italianos, he conseguido modificar un ordenador para que se adelante al futuro y sea capaz de leer, antes de ser publicada, cualquier cosa que vaya a publicarse en un blog a escoger de la red.

Mis lectores, seguramente aficionados a ese estúpido género literario que llaman ciencia-ficción, pensarán que esto puede convertirme en un héroe, avisando con tiempo de futuros desastres, o en un millonario, rellenando boletos del euromillon con los números que van a salir premiados. Pero esto no es así porque puede demostrarse (lo he demostrado, por supuesto) que un ordenador neutrónico puede, a

lo sumo, adelantarse e segundos en el tiempo ($e = 2,71828\dots$ como todo el mundo sabe) y, naturalmente, cuando una noticia se publica en la red, han pasado más de e segundos desde que sucedió el hecho al que se refiere la noticia.

El ordenador neutrónico, por tanto, aunque es importantísimo desde el punto de vista científico, no tiene utilidad práctica alguna.

Se preguntarán cómo he comprobado que mi ordenador neutrónico lee lo publicado en un blog antes de ser publicado. Lo que hice fue abrir un blog. Después abrí dos ventanas, una en el blog neutrónico y otra en el normal. En la ventana normal, entré en la pantalla de edición, escribí un texto y le puse "Una prueba" como título. La idea era pulsar "ver blog" en la ventana neutrónica, contar hasta tres, y pulsar "publicar" en la normal. Si el ordenador funcionaba como esperaba, el texto debía aparecer en la ventana neutrónica antes de que yo pulsara "publicar". Y, efectivamente, así sucedió. Me di cuenta, sin embargo, de que en el título ponía simplemente "prueba", así que rápidamente, antes de pulsar "publicar" borré "Una" en la ventana de edición.

Quedaba probado que mi ordenador era capaz de leer algo en la red antes de que fuera publicado. Únicamente me dejaba algo inquieto lo ocurrido con el título. ¿Había desaparecido la palabra "Una" porque yo la había borrado, o yo la había borrado porque "Una" había desaparecido? ¿Qué habría ocurrido si yo no hubiese borrado "Una"? Imagino que en ese caso habría aparecido "Una" en el título.

De todas formas decidí hacer un nuevo experimento: escribí un programa que miraba constantemente si aparecía algo nuevo en el blog neutrónico y, si aparecía, me avisara con una sirena para ir corriendo a verlo. Como era de esperar (aunque yo mantenía algunas dudas) la sirena nunca

llegó a sonar. Es lógico, porque en menos de e segundos era imposible que yo llegara al ordenador y escribiera lo que hubiera aparecido en la ventana neutrónica.

Entonces modifiqué el programa: hice que, si aparecía algo en la pantalla neutrónica, el ordenador mismo lo copiara automáticamente, lo pegara en la pantalla de edición del blog normal y lo publicara en menos de e segundos.

A partir de ese momento comenzaron a publicarse en el blog de forma errática (aleatoria) una serie de entradas que yo, en la mayor parte de los casos, ni siquiera he

leído. Es el ordenador el que publica con un simple copia y pega lo que encuentra que va a ser publicado.

He explicado esto porque quería que mis lectores supieran que no soy yo quien ha escrito varios cuentos en esta revista (incluido este texto, último del blog, ya que, naturalmente, el ordenador neutrónico dejó de funcionar en cuanto se comprobó que los científicos italianos se habían equivocado).



La soledad alemana

Molina Jiménez, Iván

En respuesta a la solicitud del senador, estuve de acuerdo en que nos reuniéramos en un lugar apartado. Él propuso una casa de campo cerca de Williamsburg. Mi abogado y yo llegamos a las tres de la tarde de un nublado día de diciembre. Inmediatamente reconocí a las dos influyentes congresistas que ya estaban allí. Después de presentarnos y quejarnos brevemente de un invierno extremadamente frío, todos pasamos a una pequeña sala con chimenea. Nos sentamos alrededor de una mesa de café que tenía un cisne de cristal en el centro.

–Agradezco a la señora Petersen por estar aquí –dijo el senador.

Sonreí brevemente y mi abogado se apresuró a aclarar:

–Mi cliente viene de manera voluntaria, responderá a todas sus preguntas con la mayor exactitud posible, acepta que todo lo que diga se grabe y está dispuesta a testificar, en caso de ser llamada por el comité.

El senador asintió discretamente con la cabeza; entretanto, la más joven de las congresistas inclinó suavemente su cuerpo, me miró directo a los ojos y preguntó:

–¿Cómo fue que usted tuvo conocimiento de este asunto? Respiré profundo y contesté:

–Soy ingeniera. Tengo un doctorado en Inteligencia Artificial y trabajo en las instalaciones centrales de la Deutsche Android-Gesellschaft (DAG), en Munich. Dirijo uno de los principales laboratorios mundiales en el diseño de módulos empáticos. Seis semanas atrás, un domingo por la tarde, recibí una llamada de Viktor Brod, un periodista de *The New York Times*. Me dijo que se encontraba en Berlín y que le gustaría entrevistarme sobre lo que él denominó la expansión de actividades criminales dirigidas a modificar los códigos éticos y de conducta de los seres inorgánicos.

–A Brod lo conozco bien –interrumpió el senador–, es de los que nunca se da por vencido.

Dejé entrever que coincidía con esa opinión y proseguí:

–Le pregunté a Brod cómo había conseguido mi número y dijo que por una fuente confidencial. Presumí que se lo proporcionó alguien de la DAG y eso me molestó. Cortantemente, le respondí que mi contrato de trabajo contenía una cláusula de confidencialidad que me impedía dar declaraciones públicas, excepto que fuera autorizada por el director ejecutivo de la corporación. También le expliqué que el módulo empático de los androides, debido a los complejos sistemas de seguridad que lo protegen, era impenetrable y que todo intento por modificarlo anularía el funcionamiento del inorgánico.

–¿Realmente no se puede alterar? –preguntó la congresista de más edad.

Vacilé antes de contestar:

–No sin pasar antes por múltiples estratos de códigos de acceso basados en criptografía postcuántica.

–¿Qué le respondió Brod? –intervino el senador.

–Me dijo que me enviaría el enlace de un video y que luego de que lo viera, me volvería a llamar –expliqué–. Le contesté que si lo hacía me iba a colocar en una posición muy incómoda con la DAG. También lo amenacé con quejarme con su editor. Él se quedó en silencio por unos segundos sin responder y yo aproveché para colgar.

–¿Siempre le envió el enlace? –preguntó la congresista más joven.

–Esa misma noche –dije–. ¿Proyecto el video?

–Sí, por favor –respondió el senador.

*

Odié a Brod por estropearme la tarde del domingo, y más todavía cuando, antes de terminar mi cena, el comunicador me avisó que tenía un nuevo mensaje de texto. Caminé lentamente del restaurante a mi

departamento, indecisa entre borrar el archivo que había recibido o abrirlo. Al final, resolví ver el video. Me senté en el sofá, en posición budista, con una taza de té entre las manos y una mirada que no podía ocultar mi completo escepticismo. Lo primero que observé fue que la filmación se hizo con una cámara fija, que enfocaba apenas una parte de un salón más amplio. Parecía ser una biblioteca por las estanterías de libros que cubrían la pared del fondo. De pronto, una voz masculina dijo en alemán:

–Podemos empezar.

Escuché cómo se abría una puerta, luego pasos firmes sobre el piso de madera y finalmente un inorgánico se colocó frente a la cámara. Tenía un corte de cabello alto y ajustado, y vestía con traje entero. Adoptó una postura militar: vista al frente, las piernas abiertas y los brazos cruzados detrás de la espalda. Era un modelo de última generación, cuya comercialización está prevista para empezar el verano próximo. Su característica principal consiste en que prácticamente es indistinguible de un ser humano, excepto para un ojo experto como el mío.

–Heinrich –era la misma voz varonil de antes–, ¿por qué la soledad es tan importante en la cultura alemana?

Después de pasear su mirada por la audiencia que evidentemente estaba detrás de la cámara, el inorgánico dijo:

–A diferencia de las otras nacionalidades, los alemanes somos independientes de espíritu, por eso amamos la soledad, porque solo en tal estado es posible la consciencia plena, que es el fundamento de la condición humana y, por tanto, de la conducta cívica...

Sus palabras iniciales me ayudaron a racionalizar algo que, desde que lo vi, me perturbó: la fisonomía del inorgánico había sido deliberadamente alterada para ajustarla al estereotipo ario promovido por los propagandistas raciales: cabello rubio, ojos intensamente azules, cuerpo atlético, rasgos finos y piel pálida.

Cuando el inorgánico terminó su exposición, que se prolongó por casi diez minutos, estruendosos aplausos y entusiastas gritos de “bravo” alcanzaron mis oídos. Súbitamente, una persona se separó de la au-

diencia y se adelantó. La cámara captó solo una fracción de su movimiento, antes de que el video terminara abruptamente.

Me disponía apenas a asimilar toda esa información cuando Brod me llamó.

*

–¿Vio el video? –me preguntó.

–Sí –respondí.

–¿Algún comentario? –insistió.

–No por ahora –contesté.

Iba a colgar, pero no lo hice. Brod también se mantuvo en la línea. Después de un minuto que me pareció interminable, dijo:

–¿Reconoció la fuente de lo que Heinrich expuso acerca de la soledad alemana?

–¿Algún prehistórico filósofo alemán? –conjeturé.

–Todo lo que dijo –explicó Brod– es una paráfrasis de algunas secciones de la primera edición de un ensayo publicado en 1918 por el novelista Thomas Mann. Se llama *Reflexiones de un hombre apolítico*.

–No lo conozco –dije.

Decidido a ampliar mi cultura intelectual, Brod prosiguió:

–Mann escribió ese ensayo nacionalista para reivindicar, en términos culturales, a Alemania, que acababa de perder la Primera Guerra Mundial. Inicialmente, el libro tuvo mucho éxito entre los conservadores, pero eso cambió a corto plazo. En 1922, él publicó una edición corregida en la que se distanció de sus enfoques más controversiales para aproximarse a los valores que en esa época defendían los socialdemócratas.

Al persistir en mi silencio, Brod añadió:

–Sé que usted está decidida a no dar declaraciones, pero el video documenta tres violaciones al Tratado Internacional sobre Inteligencia Artificial (TIIA). Primero, fabricación de inorgánicos según un perfil étnico-racial específico; segundo, incorporación de un lenguaje corporal masculinamente militar; y tercero, identificación directa y explícita con una cultura nacionalista.

Brod estaba en lo cierto y, aunque me disgustara, no tenía más opción que admitir algo que consideraba imposible: en la

DAG, se había alterado el módulo empático de Heinrich para que pudiera incorporar singularidades humanas. ¿Era apenas un prototipo o el primero de muchos en vías de fabricación?

–Le voy a enviar algo más –dijo Brod

–¿Qué? –pregunté sin poder disimular mi angustia.

–Véalo con cuidado –respondió.

Abrí el nuevo archivo y se desplegó un gráfico que contabilizaba mensualmente, durante el último año y medio, el número de inorgánicos a los que se les trató de modificar el módulo empático.

–¿De dónde proceden esos datos? –pregunté.

–Son las cifras oficiales de inorgánicos con el módulo empático fundido que recopila la Organización de las Naciones Unidas para la Inteligencia Artificial (ONUIA) –contestó Brod.

–Ese cálculo podría no ser muy exacto –dije–. El módulo puede fundirse por algún defecto de fábrica, por una sobrecarga o simplemente por un mal funcionamiento.

–Cierto –concedió Brod–, pero las posibilidades de que se funda por esos motivos son infinitesimales.

Preferí no replicar porque, después de todo, la propaganda comercial de la DAG enfatizaba que sus productos eran prácticamente perfectos.

–De hecho– añadió Brod–, al comparar los números de serie, hay una correspondencia casi absoluta entre los inorgánicos desaparecidos (es decir, secuestrados o vendidos en el mercado negro) y los que luego aparecen en la ONUIA como inactivos por fundición del módulo empático. Como puede observar, el crecimiento es exponencial.

Volví a ver el gráfico y dije:

–¿Cuál es la cobertura geográfica de los datos?

–Proceden de todo el mundo –dijo Brod–, pero el 35 por ciento corresponde a países europeos, predominantemente Alemania, Suecia e Inglaterra, y el 40 por ciento a Estados Unidos, especialmente el sur profundo, Texas y Arizona.

–¿Se pueden vincular esos intentos por alterar el módulo con personas o grupos

específicos? –pregunté.

–La policía tiene poco interés por estos asuntos –respondió Brod–, principalmente porque la fundición del módulo garantiza que el inorgánico no pueda ser reprogramado para realizar actividades criminales. Además, pocos propietarios denuncian los secuestros por temor a ser vinculados con el mercado negro, sospecha que, aunque no resultara cierta, bastaría para justificar que la policía fiscal global los investigara.

Por su respuesta, deduje que Brod todavía desconocía quiénes eran los que intentan alterar el módulo. Le pregunté si mi inferencia era correcta y respondió:

–No del todo.

–¿Se les ha podido identificar? –insistí.

–Ciertamente, hasta hoy, ninguna persona ha sido arrestada por tratar de modificar el módulo; pero según un estudio confidencial al que tuve acceso, lograr esa alteración es de particular interés para organizaciones de supremacistas blancos.

–¿Podría enviarme una copia de ese documento?

–Depende –respondió Brod.

–¿De qué?

–En febrero pasado –explicó–, la junta de directores de la DAG se reunió con algunos jefes de producción para considerar la conveniencia de modificar el módulo empático. Sé que usted fue una de las asistentes. Podría decirme...

Sin esperar a que terminara, lo interrumpí:

–No puedo referirme a eso.

Escuché un resoplido y temí que Brod estuviera al límite de su paciencia, pero se limitó a contestar:

–Sé que la incomodo con estas preguntas, pero considere cuán vulnerable es su posición: una vez que publique mi investigación, todos los jefes de laboratorio de la DAG serán sospechosos de haber violado el TIIA.

Al inicio, sentí las palabras de Brod como una amenaza, pero después comprendí que eran una advertencia.

–Voy a pensarlo –respondí–. Buenas noches.

*

La congresista más joven terminó de beber su café, revisó brevemente sus apuntes y preguntó:

–¿Brod volvió a comunicarse con usted?

–Algunos días después de la última conversación, me envió un mensaje de texto. Dijo que estaba en Munich y propuso que nos viéramos en el Café Klenze del Alte Pinakothek. Aseguró que acababa de conseguir documentación adicional sobre la producción de inorgánicos de la DAG con el módulo empático modificado. “Envíemela”, le respondí y él contestó: “solo se la mostraré si viene”. Al final, acordamos una cita, pero Brod no se presentó. Desde entonces, no he sabido más de él.

Sorprendido por mis palabras, el senador no pudo ocultar un gesto de preocupación, antes de preguntar:

–¿Qué se discutió en la reunión con la junta de directores de la DAG?

–No fue exactamente una reunión –expliqué–. A inicios de febrero de cada año, la DAG celebra la fundación de la empresa. El día escogido, casi siempre un sábado, se realiza una actividad en los jardines climatizados de la corporación, de tres a cinco de la tarde. Durante ese rato, la junta de directores y los jefes de departamento comparten café y bocadillos con los empleados, estrechan manos y dan palmadas en la espalda, mientras intercambian bromas, felicitaciones y buenos deseos. En algún momento, el director ejecutivo sube al podio y pronuncia un breve e inspirado discurso sobre el compromiso de la corporación para mejorar la calidad de la vida humana.

–Pero este año ocurrió algo fuera de lo común –intervino la congresista más vieja.

–En efecto –contesté–. Finalizado el discurso, el director ejecutivo bajó de la tarima y saludó a los atestados grupos que conversaban animadamente alrededor de unas mesas altas de bambú. Al finalizar su recorrido, se acercó a donde estábamos los jefes de laboratorio y, después de intercambiar algunas palabras corteses, agradeció que fuéramos parte de la familia de la DAG, dijo que la corporación era líder mundial en inteligencia artificial gracias al compromiso de personas como nosotros y prometió

que los próximos bonos navideños serían la envidia de toda Europa. Fue entonces cuando una de mis colegas, Helene Krupp, propuso algo que sorprendió a todos.

–¿Es la misma que ganó un premio Rumelhart? –interrumpió el senador.

–Sí –respondí, mientras una sombra descendía sobre mi mirada; después de que se disipó, añadí–. Antes de que el director ejecutivo empezara a despedirse, Krupp dijo que la corporación debería considerar muy seriamente rediseñar, a corto plazo, el módulo empático para establecer una afinidad cultural básica entre los inorgánicos y sus propietarios. Inmediatamente, varios de los jefes se mostraron escandalizados con esa iniciativa porque violaba el TIIA.

–¿No todos? –preguntó la congresista más joven.

–Algunos guardaron silencio –expliqué–, a la espera de que el director ejecutivo dijera algo; pero él se limitó a escuchar con atención por unos minutos, antes de retirarse tan cortés como rápidamente.

–¿Krupp replicó a las objeciones? –preguntó el senador.

–Después de escucharlas, y antes de que el director ejecutivo se fuera, lo único que añadió fue que, si la corporación no se adelantaba a rediseñar el módulo, sus competidores lo harían y la DAG perdería el control del mercado de seres inorgánicos.

–¿Volvieron los jefes de laboratorio a conversar sobre ese asunto? –intervino la congresista de más edad.

–No –respondí–. De hecho, pensé que la propuesta de Krupp era solo un exabrupto aislado hasta que Brod me contactó.

–¿Comentó con alguien de la DAG lo que conversó con él? –preguntó la congresista más joven.

–Sí –respondí.

–¿Con quién? –intervino el senador.

–Se lo conté a Emine Tieck, jefa del Laboratorio de Lenguaje, que es la única de mis colegas con quien tengo cierta amistad.

–¿Cuándo fue eso? –preguntó la congresista de más edad.

–Al día siguiente de mi fallida cita con Brod en el Café Klenze –respondí.

–¿Cuál fue la reacción de Tieck? – preguntó la congresista más joven.

–Al principio, se preocupó mucho. Después que se calmó, me dijo que la junta de directores estaba profundamente dividida entre los que defendían alterar el módulo y los que se oponían a esa modificación.

–¿Cómo se enteró de eso? –intervino el senador.

–No le pregunté, pero presumo que se lo informó un miembro de la junta – contesté–. Emine añadió que los partidarios de modificar el módulo consideraban que el futuro de la corporación dependía de nacionalizar a los inorgánicos según el país de exportación. También me dijo que podría existir ya un plan piloto para empezar a germanizar a los que iban a ser vendidos en Alemania.

–A juzgar por el video que envió Brod –interrumpió la congresista más joven– la germanización ya está en marcha.

–¿Volvió a comunicarse con Tieck? – preguntó el senador.

–Sí –respondí–. Me llamó unos días después y me dijo que una de las principales agencias publicitarias de Alemania se preparaba para promover intensamente la “humanización” de los inorgánicos. Según Emine, esa campaña sería parte de una estrategia de presión más amplia para que la ONUIA reforme el TIIA y autorice la alteración del módulo empático.

–¿Qué implicaría exactamente esa modificación? –intervino la congresista de más edad.

–El módulo –contesté– está diseñado con base en un paradigma universalista, que impide que los inorgánicos se identifiquen con las singularidades religiosas, polí-

ticas, ideológicas, étnicas, raciales, nacionalista o sexuales de sus propietarios.

–Algunos, en vez de singularidades, dirían prejuicios –observó el senador.

Preferí no discutir ese tema y añadí:

–No es posible incorporar algún tipo de singularidad– expliqué– sin exponer al paradigma universalista a vulnerabilidades adicionales.

–Si entiendo bien –dijo la congresista más joven–, un inorgánico al que se le ha dotado con una singularidad nacionalista sería más vulnerable a que su módulo empático fuera ilegalmente alterado para incorporarle prejuicios étnicos, raciales o sexistas.

–Exacto –respondí.

Todos compartimos un ominoso silencio. Después, el senador dijo:

–El Comité Permanente del Senado sobre Inteligencia Artificial considerará con mucho interés sus declaraciones. ¿Algo más que le gustaría añadir?

–No –mentí. Iba a decir que, al crear a los inorgánicos, habíamos podido producir seres inteligentes superiores a nuestras propias singularidades, pero me contuve. Tal vez en lo profundo de mi consciencia sabía que el módulo empático, basado en el paradigma universalista, no solo era un obstáculo insalvable para la soledad alemana, sino para otras soledades parecidas que deambulan por el mundo.

*

Relato publicado originalmente en alemán en Nova. Magazin für Spekulative Literatur, 31 (2022), 171-182.

No infectes a mis hijos

Rodríguez Laguna, Ismael

Así que Carla había vuelto a la ciudad. ¡Después de tantos años! Qué duda cabe que, en aquel grupo de amigos, aquella visita inesperada incomodó a las mujeres de las cinco parejas. Aunque también a los hombres.

No en vano, unos quince años atrás, cuando los once eran amigos, Carla se había acostado con los cinco hombres. Con uno de ellos tuvo una relación estable aunque corta. Con otros dos tuvo encuentros puntuales antes de que ellos se emparejasen con las que eran sus actuales esposas. Y con los otros dos, dichos encuentros habían tenido lugar cuando ya estaban emparejados con sus actuales parejas. Aquella era, por tanto, una visita incómoda para todos.

En el cobertizo, Carla y Nico se frotaban como si fueran primitivos queriendo hacer fuego. Carla estaba realmente decidida a llegar a mayores. Por un momento, Nico dudó.

–Con protección, ¿no? –objetó.

–No te preocupes, no puedo quedarme embarazada y nunca podré. Y no tengo ninguna enfermedad –respondió Carla.

Por un momento Nico se dejó llevar, pero luego volvió a parar.

–No, espera... mejor me pongo esto... –logró articular Nico.

Carla tiró el condón de un manotazo, y acto seguido sacó un papel de su bolso. Se lo enseñó a Nico.

Era un informe de enfermedades venéreas. Todo negativo. Nico rió.

–Espera... ¿vas por ahí siempre con esto? ¿Tanto haces esto? ¿Qué eres? ¿Una actriz porno? ¿O...? –ahí se cortó en seco. Luego continuó– ¿Con cuántos has...?

Carla le señaló con el dedo, furiosa.

–No, no soy una actriz porno. Me gusta y punto. ¿Por qué las tías promiscuas son reprobables pero los tíos promiscuos son unos machotes?

–Vale, vale, no pretendía...

–¡Vamos, idiota!

Dos besos, mua mua, dos besos, mua mua. Todos sonreían a Carla en su recibimiento. Incluidas ellas.

Quince años habían pasado, nada menos.

En aquel encuentro al aire libre, Carla sabía que las chicas no desaprovecharían la ocasión de traer a sus hijos. Sin duda, se acordarían de que ella no podía, y de lo mucho que siempre había manifestado lo que eso le frustraba. Nueve hijos sumaban entre las cinco parejas. Haber logrado que asistieran también los hijos adolescentes a dicho extraño encuentro les habría costado duras negociaciones. Iban a la carga.

–Bueno, ¿qué tal te van las cosas, Carla? –preguntó Estela, esposa de Nicolás.

El trajín había superado el umbral de lo inevitable. Entre gritos, a los fluidos de Carla se sumaron, explosivos, los de Nico.

Mientras la semilla de Nico viajaba hacia Carla, cierto virus salía de Carla y hacía el viaje contrario hacia el interior de Nico. Uretra, próstata, conducto deferente, gónadas, células germinales. Núcleos celulares.

Todos los presentes hacían breves resúmenes de sus vidas durante los últimos quince años. Carla sujetaba en sus piernas a los dos niños más pequeños, las chicas habían insistido. “¡Venga, una foto! ¡Una foto!” dijeron. Después de la foto, decidieron que los dos niños estaban bien donde estaban, sobre las piernas de Carla.

Todos los niños aparentaban estar sanísimos.

Carla no estaba molesta ante la insistencia de las demás en que la chiquillería le rodease. Sabía lo que todo aquello representaba, pero lo llevaba bien.

Mientras Carla y Nico se vestían apresuradamente, el virus de Carla se desencadenaba en los genitales de Nico.

Al salir del cobertizo, ambos separaron sus caminos. Estela no debía encontrarles juntos.

Carla estaba satisfecha. Recordaba lo que había pensado tantas veces antes: un hombre que resulte atrayente a las mujeres puede tener más hijos que una mujer que cumpla lo contrario. Al fin y al cabo, una mujer no puede tener más de un embarazo al año, pero un solo hombre podría dejar embarazadas a miles de mujeres a lo largo de su vida. Así que los genes masculinos son, precisamente, los que pueden expandirse de manera más explosiva en una sola generación.

Y sin embargo, pensaba Carla, una mujer normal que no sea exigente tiene mucho más acceso al sexo que un hombre normal que no sea exigente. Si una mujer se insinúa con claridad evidente y hace que todo sea directo y obvio, los hombres se le acercan en manada. En realidad, ni siquiera hace falta ser especialmente atractiva. Tampoco hace falta intentar envolver todo en una bonita historia, como suele hacer falta al revés aunque dicha historia sea breve. Ir completamente al grano suele funcionar.

Silenciosamente, los virus de Carla, portadores de los genes de la propia Carla, comenzaron a eliminar los genes de Nico presentes en sus gónadas y a ponerse ellos en

su lugar. En adelante, la espermatogénesis de Nico generaría espermatozoides que esparcirían los genes de Carla, no los de Nico.

Tras tantas generaciones de invasiones genéticas, los genes del linaje de Carla habían aprendido a no levantar sospechas. En algunos virus de Carla, la información genética del último cromosoma se partía en dos, y una mitad se descartaba. Así sus víctimas también podrían tener algunos hijos varones. Todos los hombres con los que Carla se había acostado trabajarían, durante el resto de sus vidas, para propagar los genes de la propia Carla sin que ellos lo supieran. Decididamente, la forma más explosiva de propagar los genes propios no era ser un hombre muy atrayente. Lo verdaderamente óptimo era ser de la familia de Carla. Y si además se era mujer, aún mejor.

Algunos niños se habían alejado unos metros del grupo y jugaban en un arroyo cercano lleno de mosquitos. El arroyo parecía estancado. Carla lo miró y pensó que allí los niños podrían coger cualquier infección.

Se apresuró a su encuentro y los alejó del lugar. Aunque no estaba acostumbrada a hacerlo, sentía el deseo de proteger a sus hijos.

Desde la distancia, se preocupaba de sus hijos, y organizaba frecuentemente encuentros como éste para volver a verlos alguna vez. Tenía constancia directa de más de quinientos hijos. Podrían ser cien veces más.

Estaba hecha toda una madraza.

<https://www.mundonolt.com/index.php>

CAPÍTULO 1

UNA MISTERIOSA TORMENTA

«Todos los habitantes de la Tierra hablaban la misma lengua antes de la construcción de la Torre de Babel». Esta inscripción figuraba bajo una reproducción de Pieter Brueghel el Viejo, en la entrada de la casa de Carol, quien la había leído tantas veces que, ahora, con catorce años, era capaz de decirla al revés. Precisamente porque se topaba todos los días con esa frase, pensó en ella cuando buscaba un nombre para el grupo de lectura que había formado con Susana y Tony, sus dos mejores amigos; y al final resultó que a ambos les entusiasmó pertenecer a un grupo llamado «Círculo de Babel».

Se reunían cada día en el Retiro, los jardines que Felipe IV creó siglos atrás y que habían verdeado cientos de veces mientras la villa de Madrid se transformaba en la ciudad que era ahora; un paraje del pasado que se había conservado porque ya se sabe que en la vida todo fluye, todo cambia, pero siempre hay algo que permanece. Desde principios de agosto, quedaban frente al Palacio de Cristal a las cuatro de la tarde y leían en voz alta un capítulo de la obra que habían elegido entre los tres: *La historia interminable*; una buena manera de resistir el calor asfixiante de Madrid en los meses de verano.

Carol salía de su casa, en el paseo de las Delicias, después de comer, sobre las tres y cuarto. Rodeaba la estación de Atocha hasta el comienzo del paseo del Prado y ascendía por Claudio Moyano, más conocida como cuesta de Moyano por su pronunciada pendiente. Le gustaba verlas casetas de libros, aunque muchas estuvieran cerradas a esa hora. Era un lugar con mucho encanto: cuando los libreros abrían los puestos y exponían obras usadas en grandes mesas que ocupaban buena parte de la acera, en la calle se recreaba el ambiente de las librerías de siglos pasados. Allí podía

encontrar libros de saldo maravillosos, como el de *Alicia en el País de las Maravillas* que había comprado hacía poco. Sin embargo, ese día Carol se arrepintió de no haber tomado otro trayecto; el inconveniente de pasar a esas horas en verano por la cuesta de Moyano es que apenas había alguna sombra. El calor era insoportable, y a veces las ensoñaciones, aunque nos lleven a otros mundos o a librerías del pasado, no sirven para guarecerse de la implacable realidad.

Carol tuvo que esforzarse en subir el resto de la pendiente para llegar a la puerta del Ángel Caído, por donde siempre entraba al Retiro pasando junto a la gigantesca estatua de la fuente, contorsionada y con las alas abiertas, con un gesto perpetuo de impotencia tras la expulsión del cielo.

Al adentrarse por los caminos de tierra, se sorprendió de que no hubiera nadie en el parque. El sol parecía haber espantado a todo el mundo, los senderos que llevaban al Palacio de Cristal estaban completamente desolados y esa tarde el recorrido le pareció mucho más largo que de costumbre.

Cuando llegó al cedro bajo el que se reunían, aún quedaban quince minutos para que aparecieran Susana y Tony. Carol acudía siempre antes de tiempo para tumbarse sola y refrescarse sobre la hierba, pero esa tarde, inquieta por la soledad del parque, se quedó sentada y observó lo que la rodeaba como si hubiera algo nuevo que no llegaba a percibir.

Enfrente se erguía el Palacio de Cristal, con su reflejo sobre el lago de aguas verdosas con cipreses de pantano que parecían flotar en la superficie, dotando al paisaje de un aspecto mágico, un tanto onírico, muy afín al mundo fantástico del libro que estaban leyendo. Carol sacó *La historia interminable* de su mochila, buscó el capítulo en el que se habían quedado el día anterior, arrancó una brizna de hierba y la puso como marcapáginas.

De repente, se levantó una leve brisa, comenzó a refrescar, y, frente a la construcción acristalada, empezaron a formarse pe-

queños remolinos de arena; algunos restos de las papeleras y papeles desperdigados por bancos y caminos de tierra ahora revoloteaban en el aire, y un manto de nubes grises fue cubriendo el cielo.

Carol había dejado el libro sobre el césped y las páginas entrechocaban como animalillos asustados y a punto de echar a volar. Puso una mano encima, a modo de pisapapeles, y, después de sopesar que aquello no era lo más práctico, agarró el libro contra el pecho. En tan solo unos segundos, la brisa se había convertido en vendaval y las copas de los árboles se doblaban como si fueran a partirse en dos. Era un viento demasiado frío para el bochorno de la tarde y Carol pensó que quizá el tiempo, según sus padres, cada vez más inestable, se había vuelto definitivamente loco.

Los remolinos de arena de los caminos de tierra iban acercándose a ella y decidió guarecerse en un diminuto pasadizo rocoso que había junto al lago. Se puso en pie, se ajustó bien la mochila a la espalda y, cubriéndose la cara con el brazo, se dirigió al refugio. «La Antártida en Madrid..., en estas fechas...», se dijo con ironía, «¡Y yo quejándome del calor en la cuesta de Moyano!».

Al llegar al pasadizo, dejó la mochila en el suelo y se apoyó en la pared, frente a una ventana horadada en la roca por la que caía una pequeña cascada artificial. Carol miró a través de la cortina de agua al camino por donde Tony y Susana tendrían que aparecer en cualquier momento. Si no encontraban otro lugar para guarecerse, también ellos se refugiarían allí.

—¡Menuda tarde se ha puesto! —oyó Carol a su espalda.

Se giró sobresaltada y vio a un hombre de poco más de sesenta años, muy alto y delgado, a pocos pasos de ella. Tenía el pelo cano y largo, atado en una coleta baja, y una densa barba le llegaba hasta el pecho. Vestía pantalón y camisa de franela ocre, y llevaba una chapela, de la misma tela, que le daba un aire de artista bohemio.

Carol lo miró con recelo. Estaba segura de no haber visto a nadie antes de entrar

allí.

—Si esto sigue así —continuó el hombre colocándose la chapela mientras miraba absorto la tormenta de aire—, me temo que tendremos que pasar la tarde en esta cueva.

Carol arrugó la nariz; no le hacía ninguna gracia pasar la tarde ahí, y menos con un desconocido.

El hombre la miraba como si esperara una respuesta y Carol se fijó en que sus ojos eran de un color verde oscuro como el de las aguas del lago, y su mirada, serena y algo melancólica, finalmente la ablandó.

—Esperemos que no dure mucho —contestó ella.

—De todos modos, con tan buena compañía, no creo que le suponga ningún problema esperar en cualquier sitio... —dijo el hombre, satisfecho de continuar la conversación, mientras desviaba la mirada al libro que Carol llevaba bajo el brazo—. ¿Puedo? —preguntó alargando la mano.

—Claro —dijo ella, dándole el libro.

El hombre lo cogió con suma delicadeza, como si fuera un objeto de gran valor, observó la cubierta, lo abrió muy despacio y comenzó a hojearlo.

—Tiene mucha suerte, señorita, aún le queda bastante por leer —dijo mirando la página con la brizna de hierba—. Con esto no se aburriría si al final tuviera que pasar toda la tarde aquí.

—En realidad, no me serviría de mucho. Solo lo leo cuando quedo con mis amigos... Es una regla que tenemos —aclaró—. Es más, si no fuera por esta tormenta, ahora estaríamos leyéndolo —añadió consultando el reloj para comprobar que no andaba equivocada—. ¡Genial! —dijo irónicamente, dando con la punta del índice pequeños golpes al cristal de la esfera. El reloj marcaba las cuatro y la aguja del segundero se movía mucho más despacio que de costumbre—. ¡Y ahora se me estropea!

—No le dé mucha importancia. Estas cosas suelen pasar —dijo el hombre esbozando una sonrisa enigmática, y Carol tuvo la impresión de que se estaba divirtiendo—. Lo cierto es que hacía mucho tiempo que no veía este libro... —siguió diciendo mientras lo hojeaba con veneración—. ¡Qué

tiempos aquellos en los que aún se podía leer en...! —se detuvo bruscamente, como si fuera a decir algo inconveniente. Permaneció en silencio un instante, con la mirada perdida, y después la llevó de nuevo a ella—. Pero bueno, volviendo a lo importante... Cuénteme, ¿qué le parece el protagonista? —preguntó dando un giro a la conversación—. Suele caerle bien a todo el mundo, ¿no?

Carol asintió con la cabeza.

—Sí, pero a veces me pone un poco nerviosa, sobre todo cuando está indeciso —respondió con soltura, porque aquel hombre había dado con su mayor debilidad, que no era otra más que hablar de los libros que leía—; como cuando tiene que dar un nombre nuevo a la Emperatriz Infantil y no lo hace porque no quiere que lo vean. Y todo porque está gordo... Si lo aceptase, no habría ningún problema, pero lo malo es que le da vergüenza... Me hubiera encantado poder decirle que todo eso es una tontería. ¡Qué más da tener unos kilos de más o de menos! —concluyó con vehemencia agitando las manos en el aire, y se calló durante unos segundos al darse cuenta de lo mucho que se había exaltado—. Por eso me pone un poco nerviosa...

En ese momento, el viento cambió de dirección y, cuando algunas gotas de la cascada artificial llegaron hasta ellos, los dos se alejaron del ventanal manteniendo la misma distancia como si fueran autómatas de un antiguo reloj.

—Entiendo lo que dice, señorita... —comentó el hombre mientras sacaba un pañuelo del pantalón y se secaba la mejilla—, pero no es tan raro lo que le ocurre al protagonista... En el fondo, todos tenemos nuestros fantasmas..., y muchas veces no son más que inseguridades o el miedo a que no se cumplan nuestros deseos. En el caso del chico del libro... ¿Cómo se llamaba?

—Bastian.

—Eso es... Bastian... —repitió muy despacio, como si degustara las sílabas de aquel nombre—. Pues bien, ya lo sabe, el miedo de Bastian es decepcionar a los demás por su aspecto... Ese es su fantasma, y

por eso desea tener una apariencia completamente distinta... Otras veces, seguro que también lo sabe, los miedos surgen por motivos menos evidentes, pero también tienen que ver con algún tipo de deseo difícil de cumplir, o que se ha cumplido y no queremos perder —añadió con la vista fija en la pared rocosa—. Estoy seguro de que a usted también le pasa, señorita. Seguro que usted también tiene deseos y fantasmas... —concluyó clavando su mirada en ella como si intentase adivinarlos.

Carol pensó en César, su hermano mayor, que le sacaba un par de años y todo lo que hacía lo hacía bien. Cualquier cosa que ella fuera a hacer, César ya lo había hecho antes y de la mejor de las maneras posibles, de modo que era inevitable que la comparasen constantemente con él. Aunque lo adoraba y lo admiraba, era como tener una sombra pegada a la suya, que la hacía distinta, más grande y llamativa, una sombra engrosada, superlativa, que determinaba que cualquier movimiento, cualquier acción, cualquier gesto fuesen interpretados como una 19 rareza al compararlos con los de una persona con una sombra normal. Más de una vez había pensado que, si ella hubiese sido la mayor, las cosas serían distintas, porque no deformaría la sombra de César, pero luego caía en la cuenta de que, tarde o temprano, César destacaría y su sombra se deformaría igualmente después, con el agravante de ser la mayor...

—Supongo que tiene razón —respondió—. Pero mis fantasmas no tienen nada que ver con los de Bastian..., quizá por eso me pone nerviosa ver cómo actúa —dijo zanjando la conversación, incómoda por tratar ese tema con un extraño.

El hombre asintió varias veces pensativo, la observó con detenimiento y, al cabo de unos segundos, se acercó al ventanal.

—Parece que hemos tenido suerte. El tiempo vuelve a mejorar —dijo él mirando al frente, y Carol vio que el cielo se estaba despejando y que el viento amainaba—. Bueno, al final no tendremos que pasar la tarde juntos... Aunque ha durado poco tiempo, ha sido un placer charlar con usted, señorita. Hacía mucho que no mantenía

una conversación tan interesante... Si quiere, puede pensar que soy un entusiasta o un hombre solitario que se conforma con muy poco, pero me gustaría agradecerle este momento como es debido antes de marcharme —añadió tanteando un bolsillo de la camisa hasta que sacó un bolígrafo—. ¿Tiene un papel?

—No se preocupe... De verdad que no hace falta... —dijo Carol, pensando que era exagerado cualquier gesto de gratitud por un momento como aquel.

—A ver si esto sirviera. —El hombre, ignorando el comentario, cogió una cuartilla que el viento había arrastrado a la boca del pasadizo.

Era el cartel de un chico que había desaparecido dos días atrás, con una fotografía en blanco y negro de la cara, que ocupaba casi todo el papel y en la que destacaban una nariz respingona, unos carrillos carnosos y una mirada bonachona. Bajo la imagen, estaban el nombre y la edad, «Bruno Ayala. 14 años», y a continuación se daban indicaciones para llamar a la policía en caso de que alguien lo viera o al número de teléfono de los padres, que aparecía al final de la hoja.

—Vaya... Cuánto lamento que ocurran estas cosas... —dijo el hombre con la mirada fija en la foto.

Parecía bastante afectado por aquel suceso y Carol lo miró conmovida, pensando que las personas que no se han inmunizado a la miseria del mundo son las que realmente actúan para que algún día deje de existir.

—Bueno, volvamos donde lo habíamos dejado... —El hombre echó un último vistazo a la foto y miró el reverso—. Creo que esto podrá servirme...

Se apoyó en el libro de Carol y empezó a hacer trazos sobre el papel con una habilidad asombrosa, mirándola de vez en cuando para volver a centrarse en las líneas que esbozaba, ladeando el libro, ladeando la cabeza, alejando y acercando sutilmente la cuartilla hasta concluir en pocos minutos.

—Esto es suyo... —dijo devolviéndole el libro—, y esto también —añadió al darle el papel.

Carol vio que la había retratado con una

precisión increíble, tanto que casi podían intuirse los colores de los trazos. Los ojos miel miraban al frente con gran curiosidad y bajo el izquierdo se veía la peca con forma de media luna de la que estaba tan orgullosa. Por debajo, la nariz chata y algo alargada, se fruncía a la altura del ceño con el gesto propio de ella cuando se opone a algo, y, sobre sus arqueadas cejas, el flequillo, algo enzarzado, enmarcaba el óvalo de la cara. Este terminaba de perfilarse con cuatro líneas desiguales a cada lado, hasta la barbilla, sugiriendo fielmente el constante alboroto de su melena castaña, que se correspondía siempre con el de su ánimo.

—Aún me queda por darle una cosa más, pero no lo tengo aquí —dijo el hombre mientras inspeccionaba las paredes del pasadizo rocoso—. Lo dejaré mañana a primera hora por esta zona... —añadió señalando una parte del ventanal que daba al lago—. No se preocupe, que lo taparé con una piedra para que nadie más lo encuentre.

—Se lo agradezco, pero no hace falta, de verdad... Con esto es mucho más que suficiente... —dijo levantando el dibujo, que ya le parecía excesivo, y pensando que era hora de ir terminando aquella conversación que se había prolongado demasiado, pues ya debían de ser más de las cuatro y cuarto.

—No le dé tanta importancia, señorita, no es más que un recuerdo de esta tarde. Y, aunque no lo crea, nuestra conversación ha sido para mí mucho más importante de lo que pueda imaginar... Mañana, si quiere venir a por ello, lo tendrá donde le he dicho —respondió amablemente, dando por zanjada la discusión—. No vengo mucho por aquí, pero espero volver a verla pronto —añadió levantando la chapela a modo de despedida.

El hombre empezó a alejarse sin volver la vista atrás y Carol no dejó de mirarlo hasta que desapareció por completo. Como si acabara de despertar de un sueño, se estiró, guardó el dibujo en su pantalón, recogió la mochila del suelo y, antes de regresar al cedro, consultó el reloj. Al ver que seguía marcando las cuatro, recordó con fastidio que se había estropeado y calculó que serían cerca de las cuatro y media. El cielo es-

taba ahora otra vez despejado, no quedaban vestigios de la tormenta y el sol volvía a quemar más incluso que antes. Carol buscó cobijo a la sombra del árbol mientras pensaba que, por una vez, tenía que dar la razón a sus padres: el tiempo se estaba volviendo loco.

Nada más sentarse en el césped, vio a lo lejos dos figuras que no podían ser otras más que las de Tony, alta y muy delgada, y Susana, más bajita y robusta. En cuanto la vieron, alzaron sus brazos, moviéndolos exageradamente a modo de saludo, y no dejaron de hacerlo hasta que llegaron cerca de ella, convirtiendo el saludo en broma.

—¡Vaya bochorno! —se quejó Tony, dejándose caer desfallecido en el césped.

—Es el tiempo que toca —dijo Carol—. Lo que no ha sido normal es la tormenta de hace un momento... Menos mal que no ha durado mucho; pero, aun así, ya se nos ha hecho tarde.

Tony y Susana se miraron extrañados.

—¿¡Qué!? —dijo ella, confundida, al ver la reacción de sus amigos.

—Oye, Carol... —empezó a decir Tony—. ¿No habrás estado demasiado tiempo al sol?

Carol hizo un gesto de no entender nada.

—Lo digo porque no sé de dónde te has sacado lo de la tormenta... —se explicó—; en todo el día no ha dejado de hacer este calor endemoniado.

—Y tampoco es tan tarde... —lo interrumpió Susana, que solía ser muy puntual y se había ofendido por la última parte del comentario—. Solo han sido cinco minutos de retraso.

—¡Cinco minutos! —replicó Carol, pensando que eran sus amigos quienes habían sufrido una fuerte insolación—. ¡Si eran cerca de las cuatro cuando me metí allí! —añadió mirando a Tony, mientras señalaba el pasadizo rocoso—. Hace media hora que empezó a levantarse un viento terrible, y yo...

—Entonces no eran cerca de las cuatro —la interrumpió Susana.

—¿Cómo?

—Que ahora son poco más de las cuatro y cinco. Así que, por lógica, lo que cuentas

ha tenido que ocurrir antes.

Carol se quedó desconcertada; consultó de nuevo el reloj y su desconcierto fue aún mayor al ver que ahora funcionaba perfectamente. El segundero se movía con normalidad y las otras agujas marcaban las cuatro y siete.

Respiró profundamente y empezó a contarles lo que le había ocurrido. Cuando llegó a la parte de su encuentro con el desconocido, sacó del pantalón el cartel con la foto del chico y les enseñó el retrato que le había hecho en el reverso.

—Está claro que esto no lo has hecho tú —dijo Tony observando el dibujo—. Pero lo del reloj y lo de la tormenta... No sé qué pensar, Carol. Nosotros también llevábamos un buen rato en la calle y no hemos visto ni un ápice de viento.

Carol los miró frustrada porque no tenía forma de demostrarles nada de lo ocurrido y era absurdo intentar convencerlos de lo contrario sin tener alguna prueba.

Resignada, abrió el libro por donde lo habían dejado el día anterior.

—¿A quién le tocaba empezar hoy? —preguntó, dándoles a entender que no quería seguir con la conversación.

Susana levantó la mano, acomodó su libro sobre las piernas, carraspeó suavemente y comenzó a leer en voz alta. Carol miró el pasadizo rocoso, cayendo en la cuenta de que no les había contado que al día siguiente volvería por la mañana para recoger lo que aquel hombre iba a dejarle allí. Susana volvió a carraspear, esta vez para llamarle la atención. Carol, dándose por aludida, se esforzó por centrarse en el libro, sin perder la esperanza de que lo que fuera a recoger al día siguiente le ayudase a aclarar el suceso que acababa de vivir, y se entregó a la lectura, a la sombra del cedro, en la tarde de ese caluroso y tranquilo día de verano, en la que solo ella y un desconocido fueron testigos de la fuerte tormenta que se desencadenó en la zona del Palacio de Cristal.

La aventura sigue en...

<https://www.mundonolt.com/index.php>

<https://malasarteseditorial.com/catalogo/nolt/>

CAPÍTULO 1 MIRANDO HACIA LAS MONTAÑAS

Era una fría tarde de invierno y la montaña estaba rociada de nieve. Ella contemplaba el ocaso, con la mirada perdida en el horizonte. Hacía tiempo que se encontraba demacrada y ella misma no comprendía lo que ocurría en su ser. No lograba discernir los hechos que vagaban por su mente. En los últimos tiempos, todo se volvió confuso...

Somnolienta, no pudo precisar el tiempo transcurrido. Logró identificar sonidos lejanos, recordó a su madre, sin lograr situarla en un rostro o en un espacio de tiempo determinado. Era como si su sustancia careciera de vida, su sutil y frágil silueta casi rígida. Muy quieta se encontró, sin siquiera parpadear. En un destello de lucidez, se apartó de la ventana lentamente y recorrió el estrecho salón que conducía a un pequeño mueble de bambú. Tomó una frazada ligera y, aún con los pies descalzos, regresó, como poseída por una voz que solo ella podía escuchar.

Se alejó, pasando por la pequeña puerta que dejó entreabierta, mientras resonaban el viento y su sístole.

La noche se cubrió de bajas temperaturas. Se quedó de pie, inerte... Era un mal esbozo de lo que tiempo atrás solía ser...

Se alejó, dejando entreabierta la puerta, solo se escuchaban el viento y su diástole. Azumi fue la única hija que el destino les permitió conocer. Para su padre, ella era como una flor, de cerezo, hermosa, serena, con un futuro prometedor.

—Los médicos dicen que no sobrevivirá, debemos despedirnos —exclamó su madre, con los ojos empapados de llanto...

—*La escuché en silencio, como solía hacerlo. Rocé su mejilla, acaricié sus manos. Pero ella nunca escuchó...*

Buscó a su madre por los alrededores; pero más que se tratara de una prospección, era un estado mental. Se hizo de no-

che, cuando vio venir a su encuentro a una lejana silueta.

Azumi no supo con exactitud de quién se trataba ¡anhelaba que fuese "ella"! El viento sopló con mayor fuerza, tras un simple pestañeo. Allí, estaba ella ¡su madre! Las dos mujeres se miraron fijamente a los ojos. La escudriñó con la mirada; hacía tanto tiempo de aquello que no supo cómo reaccionar. Una parte de ella deseaba abrazarla y la otra ni siquiera la reconoció en sentimientos, como si se tratase de un simple encuentro casual.

La mujer la contempló con cierto temor por la posible reacción de su hija, sin hablar. Las dos permanecieron de pie en medio del viento y de la fría noche.

Tras el reencuentro, aquel tan esperado diálogo resultó un discurso telepático. ¡Ninguna pronunció palabra! Azumi se perdió en la dura mirada de su madre; el ocaso comenzaba a aclarar y podía sentir la vibración del suelo de la casa donde habitaba.

El entorno era claro, a pesar de la temprana neblina que envolvía el lugar. Su delgado cuerpo oscilaba mientras su madre silenciosamente colocó las manos sobre la taza de té de bambú.

Se sentó frente a ella. Era extraño; aunque su rostro no la remitía a ningún recuerdo, sabía que era ella. La mujer la contempló con cierto temor por la posible reacción de su hija, sin hablar. Las dos permanecieron de pie en medio del viento y de la fría noche. El delgado cuerpo de Azumi oscilaba mientras su madre colocó las manos sobre la taza de té de bambú. La chica se sentó frente a su madre.

Su madre había cambiado.

Azumi se preguntó si la permuta era resultado del simple transcurrir del tiempo o si ella misma había dejado de ser quien solía ser y no así su madre. Todo le pareció desconocido y a la vez le resultó familiar. Incluso el empapelado de arroz era diferente a como ella lo recordaba.

Un grito se escuchó en la lejanía. Azumi corrió, su mente saturada de pensamientos explotó. Todo pareció desdibujarse. Corrió más y más rápido; de pronto, un sonido contundente golpeó estrepitosamente contra el suelo. Todo se tornó blanco, ella se desvaneció.

La sangre recorrió el tubo plástico. Su piel palideció. El fluido criptoprotector transita paulatinamente amplificando su espectro, en su ser. Su cerebro fue preservado. La frialdad se impuso.

—¡Ella ya no está! —escuché a la distancia.— Se busca preservar el cuerpo.

¡Me sentí sofocada, invadida por interrogantes!

¿Estará suspendida su alma en un estado gélido? Mi temor creció, nunca antes había reflexionado sobre su retorno. Cuando vuelva se encontrará sola, seguramente se sentirá asustada. Inmersa en un ambiente inhóspito. Sin protección.

Aferrada a un ayer que no volverá, aunque lo intentase.

Desde mi nacimiento fui una hija muy amada. Mi padre Kazuma Bashi y mi madre Mizuko Furu pertenecían a una clase social adinerada. Los traslados fueron frecuentes, mi familia dividía su tiempo entre la casa de Kioto y el lujoso apartamento situado en Ginza. Mi padre, un destacado financiero propietario de un banco y de diversos negocios, mismos que me arroparon cubriéndome de lujos y beneficios. Siempre soñó que su hija quedaría al mando de las empresas tras su muerte. Según sus propias palabras, yo sería su mejor legado, el que amplificaría el espectro de la presencia de su banco en nuevas regiones. Las finanzas nunca me interesaron, pero no podía defraudar a mi padre; lo amaba tanto que jamás comprometería sus sueños, aunque para alcanzarlos debiera sacrificar los míos. Solía usar el segundo apellido de mi madre, quería conquistar el mundo por mis propios medios. Así, en mi entorno fui conocida como Azumi Usui, aunque todos sa-

bían quienes eran mis padres.

Un fuerte dolor emanó de mi cabeza, seguramente debido al golpe. En ese instante desperté, estaba tendida sobre el suelo. La luz iluminó el lugar.

Escuché a mis padres sollozar. Agotada, como pude reservé las pocas fuerzas que me quedaban. No estaba lista para afrontar el momento.

Pude leer los pensamientos de mi padre; se preguntaba cómo podría dejar atrás a una hija que apenas comenzaba a florecer... A pesar de mi malestar emocional y físico, mantuve la calma. Mi padre me enseñó que siempre existía una posibilidad, por más remota que fuera. Debíamos abrazarla juntos... Recordé la mañana del diagnóstico y como este destruyó de golpe mis sueños, como si todo mi ser hubiese quedado sepultado bajo una pesada losa de concreto. Recuerdo entre palabras difuminadas que el médico dijo que yo padecía tres males: una falla cardíaca que no se había detectado, aunada a dos enfermedades muy raras: la primera, denominada Capgras, causaba delirio y angustia y la segunda, Ehler Danlos, produjo un tumor inoperable en mi cerebro. Demasiada enfermedad para un ser tan joven.

Una clara mañana sus sueños quedaron sepultados...

—Al poco tiempo los primeros estragos aparecieron en mi cotidianeidad.

Mi madre exclamó: —¡Algo debió sucederle en el colegio!— Apenas nos miró, siguió de largo enfilándose hasta su alcoba, la puerta corrediza se cerró.

El muro con paneles de papel de arroz dibujó mi silueta encorvada, sentada sobre el tatami. Como si una metamorfosis se abriera paso sin ser yo misma consciente de los hechos. Por momentos me daba cuenta de ellos, en tanto que en otros mi cerebro contraponía imágenes mezclando recuerdos con alucinaciones. Me resultaba difícil diferenciar la realidad.

Impotentes, mis padres atestiguaron cómo me desdibujaba a medida que transcurrían los días.

—No podía mirar a los ojos a mi mujer, mucho menos a mi hija. No tenía las res-

puestas a sus interrogantes, ¿cómo hacerlo? Debía solucionarlo, pero no contaba con los medios, era el mayor desafío al que la vida me había conducido. Yo mismo no encontraba la paz. No podía dejar partir a mi única hija. Era tan joven que merecía una oportunidad, costara lo que costara. Alguna solución encontraría. Me enfurecí, pero tuve que mantener una aparente calma. Barajé todas las posibilidades, incluso las más descabelladas. No dejaría perecer a mi hija sin luchar.

—Pronto la flor de cerezo perecería, sin dar espacio a una nueva floración.

Mi madre estaba destrozada, en realidad todos lo estábamos, pero mi padre quiso creer que todo se solucionaría. Pensaba como el agudo hombre de negocios que era.

De cierto modo, desde pequeña, supe que yo era diferente, intempestivamente todo cambió con cierta naturalidad. El tiempo transcurrió con velocidad. Los días se tornaron en meses, estos en años y de algún modo que no logro precisar pasó un siglo.

La baja temperatura se prolongó. Desde afuera contemplé mi cuerpo silencioso e inerte, mientras yo permanecía flotando próxima a él. Al mirarme, me embargó una sensación extraña como si fuera —y al mismo tiempo no fuera— mi coraza. Por primera vez experimenté la separación entre el cuerpo y el alma.

Recordé el mar. Mi imaginación se abrió paso. Me vi flotando entre las olas, el sol bañó mi rostro humedecido. Necesitaba regresar, pero no podía hacerlo, hacía tanto tiempo de aquello que no logré recordar la sensación del tacto de mi piel. Estaba condenada a un forzoso letargo, al que me impulsó la desesperación de mi padre, quien me sedujo mostrándome una estampa soñada, una vida prometida. Totalmente lejana de mi silenciosa realidad.

El lugar era frío y sombrío. Me abrumó el silencio, todo estaba cuidadosamente sellado. El eco se amplificó. La realidad me re-

basó. Un ligero traqueteo movió mi cuerpo. De cierto modo me remitió al vaivén de las olas y me relajé...

Un sonido contundente irrumpió en el lugar, escuché una voz reclamar el depósito 2888, seguido de un abrupto movimiento. Se derramó un poco de líquido. Evitaron dañar el contenedor.

Un camión refrigerante efectuó la maniobra, de los tantos apilados en el lugar. Solo este sería preservado. Gracias a los millonarios fondos digitales y líquidos aunados a un generoso seguro a perpetuidad que garantizó su conservación.

Lo que antes fue una compañía próspera, recinto de la ciencia, ahora era un depósito casi abandonado. Tantos sueños olvidados que jamás contemplarían nuevamente la luz del sol.

La empresa contratada por su padre había dejado de funcionar tiempo atrás. Ahora estaba a cargo únicamente de un vigilante. Las instalaciones de *Krio milenium* estaban inactivas. Con el paso del tiempo, el morbo y la desesperación, habían sido sustituidas por nuevas tecnologías. La criogenización fue considerada grotesca por las generaciones siguientes.

Se deshicieron de seres que aguardaron inútilmente una nueva oportunidad. Su utopía concluyó en ese instante.

Los cuerpos yacían suspendidos en líquido, envueltos en cámaras metálicas, conectados a ductos que ascendían y descendían desde ambos hemisferios. Daban la impresión de ser capullos metálicos, de los cuales un supuesto día debieron emerger infinidad de personas.

—Los pasos del vigilante terminaron con el silencio.

Pese al ambiente sórdido, estaba calmada. Sentí lastima por él. En ocasiones le vi contener el llanto, nunca supe si fue por sentirse cómplice de un acto antinatural o si sentía temor al verse rodeado de tantos cuerpos.

Un desplazamiento anormal interrumpió mis pensamientos. La temperatura descendió, sentí frío. Rápidamente desconectaron los ductos para reconectarlos a un sistema propio del camión. El suelo se llenó de agua, las voces se alejaron. Contemplé

las marcas de los neumáticos sobre el pavimento.

Tenía una sensación de impotencia y de temor. Por primera vez tomé conciencia, estaba incómoda, la cápsula resultaba muy estrecha. Intenté mirar mi cuerpo, pero no me atreví. El miedo se apoderó de mí, temí encontrarme con una coraza maltrecha. Fijé la vista en el líquido azul que había en su interior.

Quise correr, pero no me fue posible, ahora era un ser inerte. Recordé a mis padres. ¿Qué habría sido de ellos? Intenté acallar mi dolor... Debía volver a ellos, al menos para saber que se encontraban bien.

Me descubrí volando. No sabía que podía alejarme de mi cuerpo, descubrirlo aligeró mi carga emocional. Volví a mi hogar. Estaba abandonado, empolvado por doquier. Grité sus nombres, Nadie escuchó...

El silencio era insoportable. De pronto, a lo lejos, un ruido me interrumpió. Tuve que volver, más tarde regresaría. En mi mente escuché la voz de mi padre exclamando:

—¡Estás a salvo, pequeña mía!

Su voz disipó mi temor. Sin darme cuenta, volví al contenedor, sintiéndome exasperada y terriblemente sola. La umbría ensombreció mi rostro. Percibí su dolor.

Alguien me contemplaba con atención. Estaba al límite de mis fuerzas, pero mi alma había comenzado a descubrir nuevas sensaciones, me sentía etérea. El contorno de las cavidades oculares me dolía.

Recordé los instantes previos a mi deceso. Mis huesos perdían densidad, mi piel se adelgazó y mis venas se contrajeron. Como si instintivamente mi cuerpo supiera que debía concluir sus funciones vitales. Por un instante me sentí multidimensional.

Percibí el dolor de mis padres. Él me dijo:

—Eres libre, pequeña mía. Viaja libre, aquí velaremos tus sueños.

Su dolor y sus palabras me devastaron.

Me repudié por el dolor que les causé. Reuní las escasas fuerzas restantes para hacer tres exhalaciones. Todo acabó.

Con sutileza, mi padre cerró mis párpados. Mi madre, intentando contener el llanto, sacó de su bolso un cepillo para el cabello. Me miró y exclamó:

—¡Que se vea hermosa! Quiero recordarla así, sin dolor, ni temor. La luz me alejó de la escena.

El lugar era frío y silencioso, perdí la noción del tiempo. Cuando unos hombres con batas blancas entraron apresuradamente al lugar, estaba acunada por el agua, contemplando desde afuera la escena. Intenté entender la situación. Mi mente estaba confusa, era extraño poder pensar a pesar de la aparente muerte, pero de algún modo logré darme cuenta de los hechos.

—*Un rostro familiar apareció.*

—*La contemplé, estaba sumergida en un profundo sueño... Su semblante emanaba paz.*

Me avergonzó mi desnudez, aquellos hombres contemplaron mi cuerpo sin velo. Jamás me imaginé verme en esa situación.

El tiempo transcurrió. Me embargó una sensación de ligereza. Estaba esperanzada, quizá por pura ingenuidad. Anhelaba reencontrarlos, retomar el tiempo perdido. Ilusamente en mi mente había construido un escenario muy disímulo de la realidad.

Acudí a los sitios que mis padres frecuentaban y en un cierto punto comprendí que la conversación posiblemente quedaría inconclusa.

El aire se sintió diferente. Más frío de lo habitual. El movimiento fue abrupto, golpeándome accidentalmente durante el desplazamiento. Me sentí ultrajada, algo me obligó a descender destruyendo mi paz. Observé las maniobras. Contemplé con horror cómo todos esos contenedores eran desconectados del sistema de refrigeración.

—*El suelo se llenó de agua. Un camión de carga llegó al lugar.*

Recordé nuestra desafortunada despedida. Al límite de mis fuerzas, quise hablarles y no me escucharon. Mi cuerpo comenzó a fallar, al tiempo que mi alma descubrió nuevas sensaciones. El contorno de mis cavidades oculares me molestó, mis huesos se reducían, mi piel se adelgazó, mis venas se contrajeron hasta casi desaparecer. Me sentí pluridimensional y pude contemplar colores nuevos y sensaciones hasta ahora desconocidas.

Percibí su dolor. Sin dejar de expresar su amor hacia mí, mi padre dijo:

—Eres libre, pequeña mía, viaja a donde tú desees, desde aquí velaremos por tu sueño, el cual cumpliremos.

Me devastaron sus palabras, intenté acallar su dolor. Una luz creció frente a mi ser. Reuniendo mis escasas fuerzas hice tres exhalaciones antes de partir... Mi padre colocó su mano sobre mis párpados. Mi madre intentó contener el llanto, sacando de su bolso un cepillo para el cabello. Me miró y exclamó:

—Que se vea hermosa. Quiero recordarla así, sin dolor ni temor.

Me alejé de la escena, sin ser capaz de precisar a dónde me transporté. El tiempo transcurrió.

Sentí temor. Fui transportada por un espacio de tiempo, a otro lugar. Era frío, silencioso. En su interior se hallaban unos hombres vestidos con batas blancas. Entraron apresuradamente a lo que debió ser una cámara de refrigeración. La temperatura descendió. Fui acunada por el agua. Suspendida. Desde lo alto, pude contemplar una panorámica completa del lugar. Traté de entender la situación.

Mi intelecto falló, apareció un rostro familiar. Estaba sumergida como si se tratara de un profundo sueño.

—Su belleza continuó intacta a pesar del tiempo transcurrido. Flotaba en un líquido de tonalidad azulada. Su semblante emanaba paz.

Me aparté del lugar. El tiempo se aceleró, me sentí ligera y esperanzada. Todo terminaría pronto, liberándome del miedo y del dolor. Anhelaba reencontrarlos. Viagé por diferentes espacios, buscándolos. Sus palabras resonaban en mi mente. Añoraba poder abrazar a mis padres, charlar con ellos como antaño. Comprendí que la conversación podría quedar inconclusa. Acudí a los sitios que solían frecuentar. Todo fracasó... Se marcharon antes de mi regreso.

—Un día algo extraño ocurrió... Ella se encontró en la habitación.

Estaba en el mismo sitio donde perdí su rastro tiempo atrás. Titubeé un poco antes de hablarle. No supe cómo reaccionaría. Le expliqué la situación, ella me miró sin expresar palabra, sus pequeños ojos se abrieron. Temía no lograr transmitir el mensaje. Quise decirle tantas cosas, sin saber si el tiempo me lo permitiría. Veía su rostro demacrado, ella se desdibujaba a cada instante. Pronto se reencontrarían. Pasaron los días y los meses...

La puerta se abrió sigilosamente. La contemplé con cierto temor, se preguntaba si ella los reconocería. Me introduje en el lugar, me miraron con sorpresa. Él me miró en silencio. Debo transmitirles mi mensaje.

No consigo determinar el tiempo transcurrido, reposo en un tranquilo lugar. El agua me mece.

Me hace recordar tanto el mar...

"Los médicos dicen que no sobreviviré, debemos despedirnos", exclamó ella, con los ojos inundados de llanto. La escuché. Intenté acallar su dolor. "No teman", expresé, esperando que el momento sea el indicado. Donde me encuentro, he descubierto la calma. Rodeada de silencio, el agua siempre me acompaña. Es un recinto estrecho, similar a un hotel cápsula. He tenido tiempo para reflexionar, valorándolos como antes no lo hice. Quiero pedirles que renuncien al dolor. Todo sucederá, según el plan trazado. ¡Al menos, así lo espero!

Contemplé mi reflejo. Estaba calmada, me reflejé a través de su mirada.

—Con el rostro demacrado se desdibujó.

Me embargó la angustia. Suspiré, reencontrándome con una sensación diversa. Todo pareció pluridimensional. Sentí el peso de su cuerpo. Nunca antes me percaté de eso. Sus rostros ensombrecidos.

La cerraron contra su pecho, besaron su frente. El momento llegó. Ellos lo ignoraron. Unidos en un mismo contexto. El amor y el dolor se abrazaron... Una lágrima rodó por su mejilla. Ella pronto partiría.

Me quedé en silencio. Muy quieta, los miré. Quise acallar su pérdida. Las emociones eran muy intensas, imposibles de minimizar. Los abracé contra mi pecho. No pudieron percibirlo.

Impulsada por una fuerza desconocida,

de modo violento, fui apartada de la habitación.

—*Pude contemplar cuando su alma se desprendió. La observé abandonar su cuerpo.*

Ella me miró con cierto temor, noté su confusión. Expresaba emociones en oposición: una parte de su ser se encontraba abatida, la otra se sintió liberada. Se quedó de pie, muy próxima a sus padres. Acarició los cabellos de su madre. La reconfortó... El dolor en el rostro de su padre era palpable, aunque se esforzó por mantener la compostura.

Les hablé. "Inmersos en su dolor, ellos me ignoraron". Sus esfuerzos aún hoy me acogen, todo perdura en mi ser, a pesar del tiempo. Aprendí a permanecer muy quieta, contemplando cómo la existencia se abre paso y prosigue. ¡Los extraño!... Anhele reencontrarlos.

—*El hombre se acercó a su ser, besó su frente, la tomó de las manos, con esfuerzos contuvo el llanto.*

Hizo tres exhalaciones.

Mi alma se elevó, el papeleo comenzó. Fui transportada en una camilla que recorrió un largo pasillo, manteniendo mi cuerpo monitoreado. Quise permanecer junto a ellos, pero algo me lo impidió, abruptamente. Fui impactada por una gran fuerza que me alejó, conduciéndome hacia un recinto silencioso. Las emociones se intensificaron. El ruido fue contundente.

Sigilosamente, un camión se introdujo en el lugar. El almacén era grande y frío. Escuché las maniobras que realizó al entrar. El dolor se expandió por todo mi ser. Me estremecí con el desprendimiento.

Percibí su dolor. Desde lo alto, vigilé cada movimiento efectuado por el furgón. Una especie de cápsula metálica se abrió, derramando un poco del líquido sobre el suelo. Un par de guardias de seguridad contemplaron la escena. Con cuidado, la carga fue maniatada. El vehículo se puso en marcha... El traslado fue silencioso. Una fuerza me condujo a otro espacio de tiempo. El lugar era frío, silencioso. En su interior se hallaban unos hombres vestidos con batas blancas. Entraron apresuradamente a lo que debió ser una cámara de refrigeración.

La temperatura descendió. Una parte de mí se encontraba presente en el lugar, el agua me acunó plácidamente. Contemplé la totalidad del lugar, como si me encontrase en un sitio muy alto. Una cápsula reluciente, gélida y estrecha, con sistemas de autocontrol. Algunos de los botones presentes en el tablero del artefacto.

Modularon la temperatura y la presión del líquido en el contenedor. Había otros tantos presentes, no logré descifrar su finalidad.

Dos horas requirió completar el traslado. Exhausta, procuré desligarme de lo que acontecía. Ese día resultó una jornada particularmente extenuante para mí. El camión se situó frente a una cortina industrial, parecía ser la entrada de una bodega. El conductor llamó por teléfono y la puerta se abrió. Al ingresar, me encontré con médicos, científicos, representantes de la aseguradora, vigilantes. Personas entraron y salieron del lugar. Me sentí abrumada por tanta atención. Infinidad de instrumentos pude contemplar. Su frialdad reluciente me impactó.

El interior era inmenso, colmado de instrumental. Desde una cúpula luminosa emergían ramificaciones con tubos en ambos extremos que detenían en suspensión una cápsula plateada. Esta controlaría las condiciones idóneas de preservación en el interior. Cada una mostraba un número de registro. El líquido de la cápsula fue purificado; estaba limpio, casi inmaculado. Entusiasmados, los empleados del lugar cuidaron de no dañar el material de trabajo. Manteniendo un estricto control de sanidad, evitaron contaminarlo. Su ser fue colocado sobre un lector láser sujetado por una plancha metálica.

Parecía estar dormida. Su belleza seguía intacta, a pesar del tiempo transcurrido. Floataba en un líquido de tonalidad azulada.

La sensación era gélida. Se sentía expuesta a las miradas curiosas, algunas morbosas. Verificaron todo en su interior. Cada célula debía ser preservada. El proceso fue muy lento. Por momentos me apartaba del lugar, el dolor me afectó al contemplar la escena. Intenté desprenderme definitivamente. Algo me lo impidió. Consideré sus

esfuerzos.

Pude huir. Pero no me atreví a defraudarlos.

Pasó el tiempo. Acallando mis dudas, terminé por adaptarme a la quietud del entorno. Era un espacio gélido, emanaba una sensación de indiferencia. Colmado de tecnología. La imagen era fascinante e inquietante, ¡SÍ lo era! Debo permanecer allí por ellos.

En mi interior consideré lo que implicaría apartarme del lugar. Huir habría significado defraudarlos. Quizá de haberlo hecho, sus almas no descansarían en paz. Delimité mis pensamientos, aquietando mi ser. Intenté encontrar el lado positivo de la situación. Nunca supe si me resigné o si la paz que conocí fue genuina. Todo se modificó en mis propias células, en mi proceso mental, incluso en el interior de mi alma.

Un mapa mental se contrapuso al siguiente; cada cierto tiempo todo vuelve a ser objetado, dentro de mi proceso mental. Cuestionándome cómo se lleva a cabo. De modo intuitivo y con cierta dificultad, mi retención mental se alteró. ¡No! sigue siendo aguda. Pero se genera desde otro lugar. "Quizá es pluridimensional."

El cosmos se abre ante mí, revelándome sus secretos más ocultos. Por momentos me alejo del escenario contemplativo de mi cotidianidad. Me sumerjo en sus misterios, expectante y ansiosa por descubrir algo nuevo sobre mi ser.

Al viajar, he descubierto que, incluso el silencio se compone de ritmos y afonías. Todo parece igual... Pero cada segundo todo cambia en realidad, nada retorna posteriormente. Cada planeta, cada sistema solar. Se rectifica tal vez hasta el propio infinito. Desde ese punto de partida comparé las emociones y su proceso evolutivo con los hechos constantes que se suscitan en el cosmos. A pesar de mi estado. Reflexioné:

La alegría es una curva energética que transita llegando a un punto de declive, el cual comienza a descender desde tiempo atrás, cuando la alegría pasó a ser tranquilidad, y en cierto punto esa emoción terminará por transformarse en una carencia y desde allí culminará por derivar en una depresión. Se intenta superarla. Y con gran

ahínco se alcanza la calma, retomando nuevamente la alegría. Todo es cíclico...

Nuestras partículas se conforman desde la aglomeración de otras tantas partículas. Quizás antes de constituir parte de nuestro ser, estas fueron polvo de estrellas, polvo de residuos planetarios, buscando conjugar una sinfonía al incorporar otros elementos. Lo hacen con cierta magia que no comprendo del todo. Fueron asociados y asignados a un alma en particular.

Entraron en un proceso de conformación celular, que partió de dos factores, un óvulo y un espermatozoide. Luego las células guardan grandes similitudes con el patrón de conformación presente y constante expresado en el universo. Se replicaron en el interior de lo que derivó en un cuerpo. Pero en algún instante de ese desarrollo el polvo de las estrellas y de los residuos planetarios debió entrar en contacto con las células.

Así el alma, las estrellas, el cuerpo, todo se origina de la misma materia cósmica. Fuimos y seremos la réplica de un patrón universal perfectamente adaptado para transitar desde su esencia conduciéndonos hacia una pluridimensional dada. Sin la compleja e incongruente historia de mi ayer, no tendría la capacidad de absorber información, ni podría comprender mi propia reestructuración.

Me quedé allí. Suspendida tanto en mis pensamientos como de manera fisiológica y energética.

¡Quise escapar! Pero intentarlo sería traicionar su amor, aniquilar sus sueños. ¡Y minar la única posibilidad que me era ofrecida!

Acallé mi catarsis... Busqué un punto de interés, algo que alejara mis dudas repetidamente. "Debo seguir", me dije con tono imperativo, "por ellos y por mí misma." Una luz descendió desde las alturas, emanando un destello energético. Tal vez se trataba de algún tipo de escáner. Al aceptar mi realidad, un peso emocional se liberó, me sentí ligera... El agua se enfrió hasta alcanzar una temperatura muy baja.

—*La temperatura del agua caló.*

No advertí si descendía más y más irremediablemente, o si era tan solo producto de mi imaginación. El tiempo prosiguió... No pude precisarlo hasta que un día, un chico joven, de unos veinticuatro años de edad, comenzó a trabajar en el lugar. Nunca supe qué tareas desempeñaba. Subía a la plataforma, contemplando con inquietud la estructura, estudiaba los dispositivos que hacían funcionar el mecanismo. No discerní si su interés se centró en el artefacto o en mí... Siempre contemplaba la cápsula, sus circuitos superiores e inferiores. Como si buscara algo. Inmerso en el silencio, revisaba su interior y su exterior. En ocasiones tomaba notas y otras tantas hacía uso del ordenador. Aprendí un poco sobre él. Buscaba mis ojos, contemplaba mis pequeños labios. Estudiaba mi nariz. Era tan joven que la aparente idiosincrasia solo era visual.

"Nunca tuve oportunidad de charlar con él." En mi letargo escuché su voz. Comprendí que su cuerpo se encontraba próximo al mío, pero su voz parecía provenir de una gran distancia. Me habló con tono cálido y respetuoso.

En ocasiones, su charla se centraba en mi ayer, imaginando cómo habría sido mi existir de habernos conocido en otro tiempo. Era amigable y afectuoso.

Otras veces vino a mi encuentro revelándome sus secretos más ocultos. Hablándome de su familia, de su infancia, comunicándome sus anhelos y compartiendo sus proyectos. En el lugar lo tacharon de demente por aproximarse a mi ser y charlar conmigo con tanta calidez. Tenía la cualidad de hacerme sentir en mi hogar. "Le echo de menos." Pero todo aquello pertenece a un pasado muy remoto...

Pienso que me frecuentó durante un par de años, quizá tres o cuatro. Mientras estuve en el recinto. Mi existencia era placentera. Acogedora y serena. Personal llegó y personal fue cesado. Y como hoja que se aleja del árbol por efecto del viento, un día él se marchó... Traté de entender por qué. Llegaron cambios; al inicio eran pequeños ajustes, pero en cierto punto la tecnología presente en el lugar fue desplazada por una más moderna. El personal creció hasta cierto punto, luego solo decreció. Fui monito-

reada todo el tiempo. Siempre silenciosa. Mecéndome en el agua. La apatía se instauró...

Ellos vinieron a mis recuerdos, con mayor constancia. Me contemplé caminando apaciblemente entre los árboles de cerezo, buscando capturar el paisaje en mi interior.

Posiblemente lo conseguí. Por un instante pude admirar el gran jardín de mi hogar, me abracé a los árboles, oí a los pájaros cantar, la calma expandirse en el lugar.

Transité en ese espacio de tiempo inmersa en la paz. En aquellas tardes claras de verano acudiendo al jardín de té. Hoy contemplo el *Tsukubai* de aquel lugar con cierta melancolía. Era una estampa hermosa que jamás debió desaparecer...

El estanque sereno, con el agua cristalina. Las piedras planas entre las cuales caminé atravesando el embalse. El cuidado césped. Los árboles vistiéndome la escena. La arena dirigiéndose hacia la entrada de la casa. Casi pude palparlos. Busqué reencontrarme con mis afectos, intentando perpetuar la paz espiritual. Todo prosiguió su propio curso. Y mi ser no sería la excepción...

El entorno, con una temperatura extremadamente baja, era estrecho. Con el cuerpo distendido, traté de retomar el control de mi ser. Fue inútil, nada funcionó. Cuanto más esfuerzo efectué, solo alcancé a sentir desesperación...

La pena me embargó. Quise llorar, intenté gritar. Nadie respondió, el vacío espiritual se instauró. Las visitas de los médicos y científicos comenzaron a espaciarse.

Se perdió el interés por mí. En algún momento la velocidad de mis pensamientos fue alterada, transitando entre lejanos y añejos instantes, llegando a mi ser una aparente serenidad. Evité mirar los cambios, porque estos me perturbaron. Comencé a centrarme en las burbujas presentes en el estanque. Viajando desde ellas a la claridad de mi estanque. Los *shubunkin*. Nada apaciblemente entre las aguas del estanque, en un viejo jardín. Las burbujas de su respiración se replicaron en el interior de la cápsula. Sumergiéndome desde su mirada, los contemplé. Tenía la impresión de ser ahora yo el propio pez. Me sumergí en la imagen nadando en sus cristalinas aguas.

La calma me abrazó hasta que apareció un pez telescopio gigante...

A través de sus penetrantes ojos escapé. Como si nadara plácidamente entre los confines del universo, me miré montada sobre su lomo entre sus aletas. Con la cabeza muy erguida, contemplé el firmamento. Atravesando los umbrales del temor, del dolor, de la exasperación, dejándolos en un espacio muy distante, al que jamás quise volver. Me resultó imposible saber cuánto tiempo duraría el viaje. En ese momento me entregué a cada sensación que mi ser albergó. El espacio se propagó, observando las partículas de estrellas impregnándose por mi ser. Descubrí la grandeza del alma, la pequeñez del cuerpo y el poder del cosmos...

Yo misma era la expresión de la unidad, de la incertidumbre, de la tecnología entrelazadas a un infinito amor, que perduró más allá de su propio tiempo. El temor se alejó, sumiéndome en una especie de calma. Todo oscilaba entre los sentimientos encontrados y opuestos. Me cuestioné si realmente estos cuerpos estelares afectarán su dimensión. O si todo aquello era tan solo mi óptica alterada.

Durante el trayecto descubrí que debía modificar mi enfoque, solo así mantendría la calma para hallar las respuestas. Me desplazé a gran velocidad sin ser consciente de cómo aconteció todo aquello. No me percaté de en qué momento el pez desapareció... Un ruido perturbó mi tranquilidad. Volvió a mi mente el cielo estrellado que no termina de aclarar. Este pensamiento me alejó de aquella imagen. Sentí un golpe contundente, el cuerpo adolorido. Alguien me lanzó. Me desmayé y al recuperar la conciencia en mi mente se entrecruzaban diferentes imágenes, no logré pensar con claridad.

Sobre mí, un cielo estrellado. El instante se prolongó. Miré a mi alrededor, sin poder enfocar las distancias con nitidez. Mis puños y mis tobillos presentaban quemaduras, como si hubiese estado atada a un objeto que emanó calor. El entorno era sordido, mis emociones explotaron, expandiéndose por todo mi ser. Decidí quedarme en el lugar, aguardando hasta el amanecer. Pe-

ro este nunca llegó.

No supe qué pensar, era insólito, una noche infinita, un espacio desierto. Recordé con dificultad una parte de mi historia. A las cero horas el furgón paró y una puerta se abrió. Solo una tenue luz se encendió. Atónita, contemplé la escena. Me di cuenta de que se trataba de un laboratorio.

Instintivamente supe que esa escena se había repetido frecuentemente en mi realidad, por intervalos diversos de tiempo. Reconocí el lugar. Tiempo atrás fui llevada allí y ahora estaba siendo desechada del mismo sitio. Un hombre viejo de cabello canoso se aproximó, dando un sinfín de recomendaciones. El recipiente se desmontó cuidadosamente, sumergiendo su ser en un letargo.

Todo prosiguió su curso, el exterior evolucionó. Las costumbres cambiaron y la ciencia no fue la excepción. La demanda de servicios cayó en picada. El polvo se acumuló. El personal se despidió, quedando todo aquello a resguardo de un solo vigilante. Me adapté. El escenario se descuidó, el silencio me permitió madurar. Disfrutando las burbujas que se formaron entre tiempos diversos. "Casi olvido por completo todo lo ocurrido." A lo lejos, en una brecha de tiempo olvidado. Supe de su deceso. Intentando reencontrarlos, antes de todo aquello. Aquel día en la clínica sería el último en el que pude verlos. La calma me abrazó, llegando a postrarme en un estado de cierto confort. Los días se tornaron en meses y estos prosiguieron su curso. Sin saber cómo ocurrió, la composición y la temperatura del líquido sufrieron alguna variación.

Las horas transcurrieron, todo siguió igual. Me encontré en alguna ciudad fantasma. El lugar parecía abandonado o posiblemente la vida yacía escondida en otra ciudad. ¿Quizá construida encima de esta? ¿Dónde me encuentro? Fui vigilada por una penetrante mirada que resultó ser solo la de un pequeño gato que me escudriñaba.

A lo lejos escuché unos ladridos. Giré el rostro, en mi intento de encontrar indicios de vida humana. Sin claridad mental, ni medios para efectuar un traslado. Me quedé

allí de pie. Erguida. Las lágrimas recorrieron mi rostro. En medio de una calle, en una escena desconocida. Rodeada de algo que debió ser una tecnología irreconocible.

La aventura sigue en...
www.europabookstore.es/productos/azumi-akari-berganzo/



Tecnología, naturismo y malthusianismo: la angustia ecológica en la ciencia ficción

Campoamor Stursberg, Rutwig

Entre las muchas disciplinas científicas tratadas con mayor o menor rigor en la literatura de ciencia ficción, pocas pasan generalmente tan desapercibidas como la ecología. Aunque forman parte indisoluble de la trama, sea en el contexto de una expedición a un exótico planeta, o de las degradadas condiciones sociales de una civilización en declive, las condiciones medioambientales rara vez son el objeto principal en la narración, si se exceptúan aquellas obras centradas en denunciar la indiscriminada destrucción del biotopo o la creación de colonias humanas en el espacio, que requieren una severa modificación de los parámetros atmosféricos. Si bien la noción ecológica está tradicionalmente asociada a la conservación de la flora y fauna, se trata asimismo de un problema social, dado que fenómenos como la superpoblación o la llamada contaminación informativa juegan un papel relevante en el equilibrio de los grupos sociales y su relación con las demás especies.¹ En el marco de la ciencia ficción, la noción ecológica está generalmente limitada a la descripción de seres extraterrestres (usualmente de apariencia desagradable) o a un rápido inventario de las condiciones climatológicas de la región o planeta donde se desarrolla la historia, sin tener en cuenta que ambos conceptos están estrechamente relacionados.

Anticipándose en dos siglos a los pioneros del género, el tratado *Cosmotheoros* de Christiaan Huygens, publicado en 1698, constituye un valioso precedente de las preocupaciones ecológicas en un contexto cósmico. El autor desarrolla una interesante especulación científica sobre la hipotética estructura y comportamiento de los habitantes de otros planetas, basada en las hipótesis y descubrimientos de científicos como Descartes, Fontenelle o Kepler. Aunque la finalidad de Huygens es esencial-

mente filosófica, insinuando de forma sutil que la vida (inteligente) no es una prebenda exclusiva del planeta Tierra, y desmitificando de forma rigurosa el geocentrismo y antropocentrismo vigentes en su época, sus reflexiones son de una solidez científica admirable. El texto está redactado de forma precisa, puntualizando que las formas de vida pueden desarrollarse en condiciones físicas y atmosféricas muy diferentes de aquellas a las que estamos habituados, dependiendo de las diferentes propiedades orbitales y atmosféricas.² Cabe destacar asimismo que Huygens no comparte la opinión del utilitarismo servil de la fauna y flora, propia del modelo universal mecanicista, sino que discurre sobre su importancia y valor, admitiendo incluso la posibilidad de que formen otros tipos de sociedad. Sin embargo, dado el cerril puritanismo propio de la época, esta interesante y reveladora obra no fue debidamente valorada, por lo que su influencia debe considerarse como muy escasa.

El estudio sistemático de la interacción de los seres orgánicos con su medio ambiente,³ que puede tomarse como una definición simplificada de la ecología, constituye una disciplina cuya autonomía es relativamente reciente, y que emerge paulatinamente a partir de la desmitificación progresiva de viejas tradiciones y creencias, así como de la lenta aceptación de las teorías evolutivas. Aunque el término moderno de ecología se debe al eminente zoólogo Ernst Haeckel en el último cuarto del siglo XIX, uno de los primeros textos enteramente consagrados al problema fue la obra ya clásica *Animal Ecology* del zoólogo Charles Sutherland Elton, aparecida en 1927, y donde se analizan con detalle nociones relevantes como el comportamiento animal, la cadena alimenticia, la pirámide ecológica o los parámetros medioambientales, térmi-

nos que irán engrosando y consolidando la ecología como una disciplina independiente. La idea de que el propio planeta podría considerarse como un ente vivo, lejos de ser una hipótesis de tipo místico, es una conclusión científica formulada por Vladimir Vernadski, uno de los más importantes geoquímicos del siglo XX. En su libro *La biósfera* (1926),⁴ Vernadski expone esta atrevida y controvertida idea, en la que estudia y combina los procesos geomorfológicos con los químicos y los biológicos, perfilando de este modo el concepto de la llamada "materia viva". En este contexto, la evolución planetaria se concibe como un tipo de sistema dinámico que engloba tanto a la materia orgánica como a la inerte, en el cual la influencia mutua de las interacciones determina la evolución del sistema y sus condiciones de equilibrio. Según esta interpretación, la vida no es una mera fuerza geológica, sino el motor principal de la misma, y la geología debe analizarse desde una perspectiva global, que tenga en cuenta asimismo los mecanismos subyacentes, en lugar de fijarse exclusivamente en los fenómenos y en el registro estratigráfico. Pese al potencial contenido en las tesis de Vernadski, pasarían muchos años antes de que estas hipótesis fuesen tenidas en cuenta seriamente y asimiladas por la comunidad científica, en parte debido a la deliberada distorsión de alguno de sus postulados, que se deslegitimizan con absurdas ideas mitológicas.

Antes de la II GM es difícil encontrar referentes en la ciencia ficción que hagan alusión específica a la ecología, al menos desde una perspectiva medianamente seria.⁵ Destaca en este sentido Stanley G. Weinbaum, un brillante pero efímero autor que nos ha legado algunas de las narraciones más originales de esta primera época. Sin dejarse llevar por el sensacionalismo de las insípidas aventuras espaciales, Weinbaum describe cuidadosamente y con cierta pericia biósferas extraterrestres.⁶ Al margen de la ya mítica *Una odisea marciana*, destacan en este sentido *Los lotófagos* o *La Luna loca*, ambas aparecidas en 1935, en las que la fauna local juega un papel relevante en la trama. En el primer relato, unos explo-

radores encuentran en Venus una raza de plantas dotadas de inteligencia y capaces de comunicarse con los humanos, pero cuya apatía y actitud fatalista la condena a la extinción, ante la amenaza de unos depredadores locales. El autor describe la frustración de los exploradores al no ser capaces de entender y asimilar la extraña filosofía y mentalidad de los lotófagos, que pese a ser plenamente conscientes de su indefensión como especie, ni tan siquiera consideran la posibilidad de luchar para no extinguirse, negando incluso la relevancia de la vida. En el segundo relato, ambientado en el satélite joviano Io,⁷ Weinbaum retrata dos razas dominantes, una formada por unos humanoides de largo cuello y corta inteligencia, y un tipo agresivo de roedores dotados de una inteligencia comparable a la humana. El protagonista, un deportista arruinado que debe buscar su sustento, debe dedicarse a la peligrosa recolección de una cierta y preciada planta local, de la cual se extraen potentes alcaloides. Estando las plantaciones en poder de los roedores, los humanoides, pese a su escaso ingenio, resultan valiosos aliados para la recolección, pese a las dificultades que supone hacerles comprender cual es la planta específica que deben recolectar. El mérito de Weinbaum reside en describir organismos cuyas reacciones o hábitos son totalmente ajenos a los conocidos, pero que actúan con coherencia y están sujetos a una cierta lógica, aunque sus motivaciones nos resulten del todo incomprensibles. La ausencia de estereotipos y de juicios de valor, a su vez, aumenta la credibilidad de tan extrañas criaturas. Puede decirse que, de no haber desaparecido prematuramente, Stanley Weinbaum se hubiese convertido en uno de los más importantes referentes occidentales del género.

La guerra de las salamandras (1936) de Karel Čapek ofrece una visión expeditiva de los problemas ecológicos, siendo éstos el telón de fondo de una denuncia política, hábilmente disimulada, pero no exenta de humor y su característica ironía. A través de un descubrimiento fortuito en el Pacífico, un capitán de navío reconoce el potencial que un cierto tipo de salamandras puede tener en el desarrollo industrial, y en poco

tiempo, embaucadas por las usuales falsas promesas de la política, se convierten en un nuevo tipo de proletariado, despiadadamente explotado por los humanos. Sin embargo, las salamandras se organizan y evolucionan de clase oprimida a opresores, aprovechando su rápida expansión y su capacidad para alterar o destruir ecosistemas, técnicas mediante las cuales imponen finalmente su hegemonía. Formalmente, no se trata de una novela que trate sobre aspectos medioambientales, pero sí indica como éstos pueden convertirse en un medio de extorsión política, la aparición de absurdas ideologías y la imposición de totalitarismos. El texto no deja de ser, por otra parte, una oscura anticipación de las guerras y desórdenes sociales generados artificialmente para la explotación de los recursos naturales en beneficio de una minoría. Entre los autores posteriores a Čapek, sólo unos pocos,⁸ como el conocido físico nuclear Leo Szilard, hacen uso de la parábola animal para señalar la estupidez de las élites políticas. En *La voz de los delfines* (1961), estos simpáticos cetáceos son los protagonistas en la lucha contra la locura de la carrera armamentística de las grandes potencias y el subsiguiente deterioro ambiental.

Hal Clement, conocido por el rigor científico de sus obras, consigue no obstante deleitarnos con sus extraños mundos en novelas tales como *Misión de gravedad* o *El ciclo de fuego*, en las que nos ofrece un pormenorizado y científicamente válido análisis de las condiciones ambientales, mayoritariamente adversas, a las que han de adaptarse los astronautas. Mientras en la primera obra se trata de un campo de gravedad inasumible por los humanos, que colaboran con una especie autóctona para llevar a cabo una misión científica, en la segunda novela nos describe un planeta sometido a violentos cambios estacionales debido a su pertenencia a un sistema doble, formado por una enana blanca y un gigante azul. Como consecuencia de la transición entre los períodos tórrido o glacial, cada 65 años se produce una extinción en masa, lo que condiciona severamente la supervivencia en el planeta. Aunque de forma inevitable las novelas contienen ciertas exage-

raciones y extrapolaciones científicas, que han sido posteriormente desmentidas por datos astronómicos y astrofísicos actualizados, Clement no especula sin fundamento, y los datos que aporta son consistentes con el conocimiento general que se tenía en su época de las posibles condiciones reinantes en planetas exteriores al Sistema Solar.

En el lado opuesto del espectro, Clifford D. Simak opta por una vía de misticismo ecológico, como en *Ciudad* (1952), en la que la armonía se restablece cuando la humanidad decide abandonar el planeta, legándolo a los perros y a los robots, que llevarán una existencia pacífica y respetuosa con todas las formas de vida. Esta variante bucólica, que conlleva implícita una condena de la tecnología y el progreso científico, se convertirá en una tendencia dominante una vez que la histeria colectiva respecto a la guerra nuclear se haya consolidado como una nueva forma de hacer política, dando lugar a una interminable saga de catástrofes naturales provocadas por la imprudencia de los científicos, la falta de escrúpulos de las grandes corporaciones o los delirios de conquista de las grandes potencias. El bucolismo de Simak motivará asimismo la sucesiva aparición de fantasías mesiánicas encuadradas en un marco planetario, tales como *Forastero en tierra extraña* (1962) de Robert Heinlein u *Omnivore* (1968) de Piers Anthony, hasta cierto punto antecedentes en el género de las paranoias místicas de Philip K. Dick.

El mayor exponente de una ecología convertida en religión es sin duda la saga de *Dune* (1965) de Frank Herbert, cuyo volumen inicial es posiblemente el libro del género que más detalles proporciona acerca de un ecosistema no terrestre. Las condiciones del planeta Arrakis, situado en una lejana galaxia, son ciertamente extremas y exigentes para sus colonizadores, que deben adaptarse a una rigurosa disciplina vital que deriva en un culto. La carencia de agua obliga a aprovechar cualquier posibilidad de extracción, desde el sudor corporal hasta el contenido acuoso de los cadáveres. Añadidos a la eterna sequía, el calor, el paisaje arenoso y la constante amenaza de los gusanos de arena hacen de Arrakis un pla-

neta poco amistoso donde la ecología es la principal preocupación de sus habitantes, y en torno a la cual se desarrollarán tanto la política como la organización social. Sin embargo, pese a la multitud de ideas interesantes que se plantean, con extrapolaciones evidentes a la problemática política y cultural contemporánea, la saga termina sumergiéndose progresivamente en un plano principalmente místico, así como transformándose lamentablemente en una interminable serie cuyo objetivo es finalmente estrictamente comercial.

La novela *El cerebro verde* también está estrechamente relacionada con la ecología, concretamente, con la rebelión de los insectos ante el desconsiderado acoso y exterminio por parte de los humanos, aunque en este caso, la ejecución de la obra es más bien mediocre, y el argumento poco verosímil. Mucho más ambiciosa en su concepción, y también escrita de forma más rigurosa, es la novela *Phase IV* (1973) de Barry N. Malzberg⁹, en la cual las hormigas empiezan a evolucionar de forma inexplicable después de un extraño fenómeno cósmico, desarrollando un tipo de conciencia colectiva. En una remota localidad de Arizona, los pobladores se ven sorprendidos por la construcción de una serie de torres que exhiben una geometría perfecta. Presintiendo una amenaza, la gente huye del lugar. En una base experimental improvisada, unos científicos tratan de entender el fenómeno, que interpretan de forma opuesta, unos como una agresión, y otros como un intento de establecer comunicación. Aunque se impone la tesis de la agresión, que resulta en una serie infructuosa de ataques que las hormigas repelen con habilidad, uno de los científicos es finalmente capaz de comunicarse con las hormigas mediante mensajes cifrados, con lo que se descubre que la intención de éstas no es exterminar a la humanidad, sino adaptar la misma para crear una nueva raza. El final de la novela es incierto, y no se resuelve cuál de las dos posibilidades, la guerra total contra las hormigas o la asimilación por parte de éstas, es la más aterradora para los humanos.

Una variante contemplada por varios autores es la de la catástrofe ecológica originada por hechos inesperados derivados de algún descubrimiento o experimento científico realizado de modo imprudente. De este modo, Ward Moore nos describe en *Más verde de lo que creéis* (1947) cómo un nuevo fertilizante de factura casera, diseñado para multiplicar exponencialmente el rendimiento de las cosechas, termina convirtiéndose en una plaga devastadora. La variante de las gramíneas demuestra no sólo tener una capacidad de crecimiento superior a todas las expectativas, sino que resulta ser inmune a todos los herbicidas conocidos, creciendo de forma imparable e invadiendo todos los espacios. Las consecuencias son tan devastadoras que el gobierno aplica como último recurso las armas nucleares, sólo para constatar que incluso éstas son ineficientes para acabar con la plaga verde, que se extiende al mundo entero, causando la perdición de la civilización. La novela, narrada desde la perspectiva del protagonista (y causante del desastre), un vendedor a domicilio llamado Albert Weener, no está exenta de ironía, aunque contiene asimismo una seria advertencia sobre las funestas consecuencias que pueden tener los remedios comercializados como "universales".¹⁰ Haciendo gala de su habitual causticidad, Moore pone de manifiesto su opinión sobre las soluciones políticas aportadas a los problemas artificiales que genera la sociedad industrial.

Menos fatalista que la anterior, al proponer un final hasta cierto punto abierto y esperanzador, es *El día de los trífidos* (1962) de John Wyndham. Una lluvia de meteoros, que posteriormente se identifica con los efectos de un experimento biológico fallido, ciega a la mayor parte de la población terrestre. Simultáneamente, las radiaciones tienen un extraño efecto en un tipo de planta modificada artificialmente, los llamados trífidos, que desarrollan una inteligencia rudimentaria e incluso la capacidad de locomoción. Los trífidos se muestran sumamente agresivos, y comienzan a matar con sus agujijones venenosos a una población desvalida por su ceguera. William Masen, recuperado de una intervención oftalmológica,

hecho que le ha salvado del desastre, comienza un penoso periplo por una Inglaterra desolada por una población histérica y moribunda, así como por el pillaje y el saqueo. Su largo periplo le lleva finalmente a la isla de Wight, en la cual concibe un plan para combatir la amenaza de las plantas asesinas. Aunque para el protagonista y su amiga Josella supone la posibilidad de un nuevo comienzo, el autor no aclara si la humanidad diezmada estará en condiciones de recuperar la hegemonía perdida.

Wyndham dedica otra novela, titulada *Web* y publicada póstumamente, al tema de cambios ecológicos derivados de la actividad humana. Un adinerado aristócrata inglés compra una isla deshabitada del Pacífico para establecer una colonia de carácter utópico, alejada de la civilización y la tecnología. Los voluntarios reclutados para esta comunidad son ciudadanos hastiados o desilusionados con la sociedad industrial, que buscan recomenzar su vida en un ambiente natural. No obstante, los problemas no se hacen esperar, y finalmente el proyecto fracasa estrepitosamente. Aunque la isla Tanakuatua había sido elegida por estar deshabitada, se revela que la población indígena había sido evacuada forzosamente por el gobierno británico, con el fin de utilizar la región para sus ensayos nucleares. Como consecuencia de la radiación, una variedad local de arañas muta y se convierte en una peligrosa amenaza. Los incautos colonos son progresivamente eliminados por los arácnidos, siendo fútiles todos los intentos por defenderse de ellos. Finalmente, resignados, los supervivientes huyen de la isla. Esta novela, por su estructura un poco caótica y ciertas lagunas en la trama, es una de las composiciones más flojas del autor, llegando en ocasiones a la mediocridad. Debe comentarse que la publicación póstuma no se debió a que fuese el esbozo inacabado de una novela, sino al deseo del propio Wyndham, que estableció que apareciese diez años después de su deceso.

En un contexto más serio se podrían encuadrar las principales novelas catastrofistas de James Ballard, tales como *El huracán*

cán cósmico (1961), *El mundo sumergido* (1962) o *La sequía* (1964), donde cambios climáticos globales que han acabado con la sociedad industrial causan profundos cambios en la psicología de los protagonistas. En estas novelas el autor no se centra propiamente en las catástrofes, cuyo origen o causa quedan generalmente explicados de forma somera, sino en la angustia de los personajes, enfrentados a cambios bruscos que no pueden asimilar debidamente, sin renunciar a todos los principios en los que han basado su existencia. El valor de estos textos reside por tanto no en la denuncia, sino en la exploración de las interacciones psicológicas y fisiológicas de los protagonistas con el medioambiente.

Las obras anteriores son una primera reacción y una consecuencia natural de los movimientos naturalistas surgidos a partir de 1960, momento en el que la sociedad empieza a indignarse ante los excesos medioambientales de algunas empresas, que contaminan indiscriminadamente ríos y mares, con severas consecuencias para la salud pública. Libros como *The Population Bomb* (1968) del entomólogo Paul R. Ehrlich, aunque contribuyeron de forma eficaz a concienciar a la sociedad sobre los serios problemas que provocan una superpoblación descontrolada, los desechos industriales o la contaminación de las aguas, no deja de ser un texto, hasta cierto punto, fundamentalmente alarmista. Si bien es cierto que hacia 1970 la contaminación medioambiental era considerable, debe tenerse en cuenta que esta situación se produjo no por la propia industrialización, sino por un inexistente protocolo en el tratamiento de residuos por parte de las empresas, y la desidia (generalmente comprada) de los gobiernos, más atentos a sus intereses particulares que al bienestar de la población. En este contexto, obras como *¡Hagan sitio! ¡Hagan sitio!* (1969) de Harry Harrison o *Todos sobre Zanzíbar* (1968) de John Brunner explotan de forma efectiva la temática de la superpoblación, revitalizando la filosofía catastrofista de Malthus, aunque no correspondan formalmente a novelas relativas a la ecología. Una interpretación más centrada en el medioambiente, igualmente extre-

ma, pero quizá más profética, al menos si se compara con la situación geopolítica actual, nos la ofrecen William J. Watkins y Eugene V. Snyder en *Ecodeath*. Aparecida en 1972, relata un futuro no muy lejano en el que el problema de la polución se ha convertido en una industria multimillonaria, que explota una sociedad donde los niños y los ancianos se han convertido en una rareza. A la par que las plantas de tratamiento de residuos siguen contaminando un medioambiente destrozado, los especuladores amasan fortunas vendiendo mascarillas de gas, purificadores de aire y agua, así como medicamentos para combatir las enfermedades generadas por la inmundicia. La trama se mueve alrededor de dos personajes, un guerrillero urbano que trata de destruir a los industriales por venganza, aún siendo consciente de que la causa está destinada al fracaso, y un asesino profesional a sueldo de las empresas contaminantes, que actúa no por convicción, sino por un mero instinto de supervivencia. Ambos contendientes, dotados de la capacidad de trasladarse en el tiempo y el espacio, se percatan progresivamente de que su alianza puede ser clave para evitar el colapso total de la sociedad.

Kim Stanley Robinson, que ya en su trilogía sobre Marte recapacita sobre algunas de las consecuencias medioambientales que tiene una actitud política irreflexiva, nos proporciona en *Nueva York 2141* (2012) una visión más radical de una sociedad enfrentada a desastres ecológicos. Pese a que la novela no está exenta de ciertos elementos propagandísticos, constituye un interesante ejemplo sobre cómo los problemas medioambientales pueden ser el caldo de cultivo para la especulación en los negocios. Como consecuencia de cambios climáticos acaecidos en el siglo XX, una parte de Manhattan está sumergida, en la que los habitantes luchan por la supervivencia ante la indiferencia de las clases pudientes, trasladadas a la parte norte de la ciudad, ajena a las inundaciones y al deterioro. No obstante, los habitantes de los barrios sumergidos comienzan a observar cómo muchos de sus edificios son saboteados, a veces con resultados catastróficos. Los prota-

gonistas, todos ellos habitantes de uno de estos inmuebles, descubren que los sabotajes forman parte de un plan de recalificación urbana, cuya intención última es desalojar a la población de los barrios inundados pero estabilizados, para demoler las infraestructuras y construir nuevos edificios reservados para las clases de alto poder adquisitivo. Una obra estructuralmente similar es la novela *Las torres del olvido* (1987) de George Turner, un autor australiano no muy conocido, pero de indiscutible calidad. En un futuro lejano, las ruinas de las torres abandonadas en la periferia de lo que fue Melbourne dan testimonio del fracaso de la civilización, cuyo colapso se remonta al siglo XXI. Un equipo de historiadores y arqueólogos urbanos trata de comprender, a través de los despojos aún existentes, el ambiente de crispación social, superpoblación, desastres medioambientales y la miseria generalizada que supusieron el ocaso de la sociedad. Con carácter retrospectivo se relata como las torres objeto del estudio fueron en su día el último refugio de las clases desfavorecidas, expulsadas de la ciudad por su falta de recursos, y que, pese a la precaria existencia a la que se les obligó, no perdieron la dignidad y el instinto de supervivencia. El libro es una clara predicción del clima que se vive en los suburbios de las grandes ciudades, y la nueva forma de degradación tanto cultural como medioambiental que supone convertir las urbes en frívolos parques exclusivos para minorías adineradas.

El prototipo de texto que promulga una interesante pero algo cándida visión del eco-socialismo lo encontramos en *Ecotopia* (1975) de Ernest Callenbach, auténtico manual de usuario del movimiento ecologista originario de los años setenta. La novela narra las experiencias de un periodista llamado Weston enviado a Ecotopia, un pequeño territorio formado por los antiguos estados de Washington, Oregón y una parte de California, independizados de los EEUU en 1980, y cerrado al mundo exterior. La actitud inicial de Weston es francamente hostil, donde denuncia los primitivos sistemas de transporte, el colectivismo de la población de Ecotopia, la legalidad de ciertas drogas,

así como su extremo liberalismo en el terreno sexual, alarmante para un defensor del marcado puritanismo anglosajón. La sociedad, de carácter matriarcal, está descentralizada y enfocada hacia la producción de energía no contaminante, con un gran respeto por el medio ambiente y la familia. A través de las descripciones del diario de Weston el lector observa cómo la actitud del periodista va cambiando, sobre todo cuando intima con una ciudadana de Ecotopia, quién le convence finalmente de la salubridad de la estructura social creada, por lo que el periodista finalmente decide no regresar y residir en Ecotopia como intérprete con el mundo exterior.

A su vez, la novela *Midworld* (1976), de Alan Dean Foster,¹¹ nos muestra un ecosistema que ha desarrollado armas propias para defenderse de invasores o visitantes no deseados. La historia comienza cuando una nave de colonos debe aterrizar por una emergencia en un planeta completamente cubierto por la selva. Aunque la mayor parte de los tripulantes parece como consecuencia del accidentado aterrizaje y las penosas condiciones a las que deben adaptarse, algunos logran sobrevivir y crear una pequeña colonia cuyos descendientes, morfológicamente distintos a los humanos, se van adaptando progresivamente a la vida salvaje, llegando a mimetizarse perfectamente con la elefantiásica selva que cubre el planeta. La selva y sus habitantes no forman solamente un sistema ecológico en perfecto equilibrio, sino que desarrollan una forma de comunicación, semejante a una conciencia planetaria que engloba a toda la fauna y flora. El protagonista de la historia, el habitante de la selva Born, en compañía de una pseudo-inteligente mascota llamada Ruumahum, se topa un día con unos expedicionarios terrestres que han redescubierto el planeta, y que pretenden explotarlo en busca de un elixir vital extraído de las plantas. Aunque Born trata de hacerles comprender que su pueblo se comunica con la flora, y que no se puede disponer libremente de los recursos de la selva sin romper un delicado equilibrio, los invasores terrestres ignoran las advertencias y prosiguen en su intento de explotación. Co-

mo castigo a su osadía, la propia selva se encarga de destruir la base terrestre y a sus habitantes, restableciendo la armonía en el planeta.

Existen múltiples analogías entre esta obra y el clásico de Murray Leinster *El planeta olvidado* (1954), aunque ésta está escrita en un tono menos sombrío. La sinopsis general es parecida, en la que un planeta estéril se va poblando de fauna y flora terrestre para establecer una colonia permanente. No obstante, el proyecto es abandonado y el planeta relegado al olvido, lo que permite que las especies introducidas artificialmente evolucionen sin intercesión humana y se adapten. Un día, la especie humana vuelve al planeta por una avería de su nave. Ante la imposibilidad de repararla, sus tripulantes se resignan finalmente a tratar de sobrevivir en el planeta, pero su inadaptación y falta de preparación les hace decaer lentamente en el primitivismo.

Otro interesante ejemplo de una nueva sociedad de carácter no industrial, y desarrollada en cierto equilibrio con la naturaleza lo hallamos en el primer volumen de la llamada trilogía de Arbai, titulado *Hierba* (1989), donde Sheri Tepper nos describe con precisión los aspectos más relevantes de un ecosistema extraño conquistado por los humanos, y la resultante sociedad agraria que en él se instala. En un distante futuro, debido a la superpoblación y el agotamiento de los recursos naturales, la humanidad se ha expandido por el Universo, encontrando, entre otros, un paradisíaco y frondoso planeta llamado Grass, completamente cubierto de vegetación. Ante una desconocida plaga que está diezmando la totalidad de las colonias espaciales, Grass parece ser el único planeta no afectado, por lo que las autoridades envían una comisión para investigar la razón y tratar de desarrollar un remedio para la enfermedad. Los emisarios se verán no obstante contrariados por el menosprecio de una aristocracia agraria indiferente al destino de la humanidad, y cuyo único interés es dedicarse a una caricaturesca imitación de la caza del zorro, empleando para tal fin la fauna local.

Entre otros autores cuyos libros tratan de describir, de forma más o menos siste-

mática o precisa, la fauna y flora de los planetas donde se desarrolla la trama, pueden mencionarse *Fire Time* (1974) de Poul Anderson, la trilogía de *Heliconia* de Brian Aldiss o *Los árboles integrales* de Larry Niven. No obstante, el peso de la trama de estas obras no recae generalmente en las preocupaciones sobre el ecosistema y su conservación, aunque las descripciones de las condiciones medioambientales sean muy profundas y científicamente plausibles.

Frente a las moderadas o radicales protestas de los autores occidentales, los representantes del bloque socialista hacen gala, con algunas discretas excepciones, de un mutismo ejemplar, motivado fundamentalmente por la filosofía materialista. Las alusiones a ecosistemas y la interacción con los mismos están generalmente referidas a planetas lejanos, tanto en el tiempo como en el espacio. Las características medioambientales son relevantes sólo en el marco del utilitarismo de turno por parte de las expediciones, y raramente son el centro de la trama o motivo de reflexión o denuncia. Si bien es cierto que las sobradamente conocidas *Solaris* y *Edén* de Stanislaw Lem tienen como telón de fondo ecosistemas que escapan a la comprensión humana, su autor se centra principalmente en el aspecto filosófico y las tribulaciones a las que están sometidos sus personajes. A diferencia de otros autores, Lem no permite a sus personajes interactuar de forma satisfactoria con la fauna y flora de sus extraños planetas. Pese a la magnitud de los enigmas y fenómenos inexplicables con los que se enfrentan los protagonistas, éstos no son capaces de desvelar ninguno de los misterios que les rodean. Si en *Solaris* es una conciencia planetaria la que manipula las mentes de los cosmonautas, recreando sus miedos internos y haciéndoles caer en el delirio, en *Edén*, los exploradores tienen que limitarse a ser testigos de fenómenos extraños o la observación de vestigios de una cultura cuyas motivaciones, inquietudes y logros escapan del todo a su entendimiento.

Un caso curioso a la vez que complejo es *La guerra con la multi-bestia* (1983) del controvertido autor checo Vladimír Páral. La historia se desarrolla en Checoslova-

quia, que al igual que el resto del mundo, se ve afectada por la contaminación ambiental debida a una extraña materia marrón, que posteriormente comienza a manifestarse como un ser pensante y altamente agresivo. Mientras los habitantes de ciertas poblaciones son evacuados a las montañas, en las ciudades se desarrolla una guerra sin cuartel contra el invasor. Cuando finalmente éste es derrotado, algunas personas desarrollan extrañas neoplasias que derivan en un comportamiento antisocial y violento. Pese a que resulta posible encontrar un remedio efectivo para este mal, que no es más que un efecto secundario de la contaminación generada por la mencionada materia marrón, la sociedad en conjunto muestra no haber aprendido la lección, y continúa con su irreflexiva costumbre de contaminar su entorno con residuos industriales. La novela extrapola cuestiones tratadas por el autor en sus obras de no ficción, aprovechando el marco de la ciencia ficción para criticar disimuladamente la estrecha moral y los aspectos negativos de la vida en su país.

Peter Lorenz debate en *Cuarentena cósmica* (1981) sobre las medidas que la humanidad adopta después de una catástrofe ecológica sin precedentes. Dos son las vías para tratar de reparar el equilibrio ecológico, destacando la llamada "ecología óptima" defendida por la bióloga marina Lif, que consiste esencialmente en eliminar las especies consideradas perniciosas, centrándose únicamente en unas pocas que son permanentemente controladas mediante computadora, tomando como modelo la estructura social.¹² Un encuentro fortuito con una inteligencia extraterrestre desestabiliza el sistema de vigilancia, lo que conlleva al colapso de los ecosistemas creados artificialmente. Lorenz emplea la trama para defender la hipótesis de una amalgama de naturaleza y tecnología, en la que ambas se complementen en lugar de eliminarse o controlarse mutuamente. En calidad de biólogo, el autor es plenamente consciente de que un control artificial de la naturaleza siempre es un experimento arriesgado, dado que el concepto de especie dañina es puramente subjetivo.

El mero hecho de su existencia es testimonio de su importancia para el equilibrio ecológico, aunque éste no sea reconocido o aceptado por nosotros.

Igualmente original y transgresora es la obra de Alfred Leman, un botánico de profesión que se convertiría en uno de los autores alemanes orientales más destacados y sutiles. Muchos de sus relatos y novelas tienen como protagonistas a cosmonautas enfrentados con una flora y fauna extraterrestres que, sin ser abiertamente hostiles, resultan sumamente peligrosas, al ser de una naturaleza completamente ajena a la experiencia humana. Los exploradores que protagonizan estas narraciones, inevitablemente optimistas cosmonautas pletóricos de altruismo, son testigos impotentes de extraños y cautivadores fenómenos naturales que se alejan de cualquier patrón que les sea familiar. Tomando como ejemplo el relato *La revisión* (1978), el autor describe un planeta desértico en el que una expedición trata de reconstruir, a través del registro fósil, las características de un ecosistema prácticamente extinto en el cual una variedad de plantas semi-inteligentes, perfectamente adaptadas al desierto calcáreo, ha sido la especie dominante. Pese al elevado número de términos taxonómicos, químicos y biológicos que el autor emplea en sus detalladas descripciones, el discurso no pierde fluidez, y constituye un ejemplo notable de cómo datos científicos exactos y en ocasiones áridos pueden combinarse con una narración plausible e interesante.

Como nota exótica merece la pena recordar *El sol azul de los Paksi* (1978) de Karl-Heinz Tuschel, donde una expedición que está investigando un planeta aparentemente deshabitado se encuentra fortuitamente con una sociedad robótica plenamente desarrollada y perfectamente mimetizada con el medioambiente. La total ausencia de una tecnología avanzada, así como la incomprensible actitud de los robots, cuya estructura social está construida alrededor de mitos divinos y una organización feudal, supone un reto para los cosmonautas, que tratan desesperadamente de comprender el origen de tan insólita civilización. Finalmente se desvela parte del misterio, cuando se

descubre que los creadores de la sociedad robótica formaron una expedición terrestre desaparecida hacía milenios, y que hallaron en el planeta trazas de una civilización extra-galáctica. Conscientes de la remota posibilidad de ser rescatados, estos pioneros decidieron dejar testimonio de su descubrimiento a través de los robots, con la esperanza de que, con el tiempo, llegarán a formar una sociedad independiente que retomase contacto con la humanidad.

Como se desprende de los ejemplos anteriores, la ecología aparece en la ciencia ficción en multitud de facetas, desde los panegíricos de la filosofía maltusiana y un incondicional regreso a la naturaleza hasta la creación de ecosistemas artificiales perfectamente adaptados a los intereses humanos. En la inmensa mayoría de los casos, persiste la opinión de que el ser humano es un elemento externo a la ecología, con el derecho (e incluso el deber) de modificarla a su antojo. Este hecho puede interpretarse bien como una consecuencia del desarrollo tecnológico, que aumenta la indefensión e incomprensión humanas frente a la naturaleza salvaje, o bien como la obstinada negación de que la humanidad aún no ha llegado a un estado de madurez que le haga comprender su lugar en el cosmos. Diversos autores han intentado asimismo abordar la discusión sobre la ecología y su impacto en el género desde su experiencia literaria, como Canavan y Robinson en su interesante recopilación *Green Planets: Ecology and Science Fiction* (2014). Sea como fuere, sigue siendo una tendencia positiva el indicar y denunciar acuciantes problemas sociales y medioambientales, que generalmente son relativizados o negados con vehemencia por las autoridades competentes, y que progresivamente nos hacen tender hacia una saturación social que sólo podrá resolverse mediante métodos expeditivos. Parfraseando a Einstein, "los problemas nunca pueden resolverse con la misma mentalidad que los ha creado." No obstante, la asimilación de esta sabiduría por parte de los gobernantes supone una dificultad mayor que la conquista de lejanas galaxias. Por el momento, sólo la clarividencia de algunos escritores de ciencia

ficción nos permite especular sobre las posibilidades que se le plantearán a nuestra especie en el futuro.

REFERENCIAS

ANTHONY, P. 1968 *Omnivore* (New York, Ballantine Books)

ASIMOV, I. (Ed) 1977 *Lo mejor de Stanley G. Weinbaum* (Barcelona, Martínez Roca)

BALLARD, J. G. 1966 *Huracán cósmico* (Barcelona, Edhasa)

BALLARD, J. G. 1966 *El mundo sumergido* (Barcelona, Minotauro)

BALLARD, J. G. 1984 *La sequía* (Barcelona, Edhasa)

BALANDIN, R. K. 1982 *Académico V. I. Vernadski. Hacia las cumbres del saber* (Moscú, Mir)

BRUNNER, J. 1979 *Todos sobre Zanzíbar* (Barcelona, Editorial Acervo)

CALLENBACH, E. 1980 *Ecotopia. Diario íntimo y reportajes de William Weston* (Barcelona, Ediciones Trazo)

CANAVAN, G., ROBINSON, K. S. (Eds.) 2014 *Green Planets: Ecology and Science Fiction* (Middletown CT, Wesleyan Univ. Press)

CAPEK, K 2017 *La guerra de las salamandras* (Barcelona, Ediciones Gigamesh)

EHRlich, P. R. 1968 *The Population Bomb* (New York, Ballantine Books)

ELTON, Ch. S. 1927 *Animal Ecology* (London, Sidgwick & Jackson)

FOSTER, A. D. 1976 *Midworld* (New York, Ballantine Books)

HARRISON, H. 1976 *¡Hagan sitio! ¡Hagan sitio!* (Barcelona, Editorial Acervo)

HEINLEIN, R. A. 1968 *Forastero en tierra extraña* (Barcelona, Géminis)

HERBERT, F. 1975 *Dune* (Barcelona, Editorial Acervo)

HERBERT, F. 1978 *El cerebro verde* (Barcelona, Ed. Martínez Roca)

HUYGENS, Ch. 2017 *Cosmotheoros* (Zaragoza, Jekyll & Jill) LEINSTER, M. 1954 *The Forgotten Planet* (New York, Gnome Press)

LEM, S. 1998 *Solaris* (Barcelona, Minotauro)

LEM, S. 2005 *Edén* (Madrid, Alianza Editorial)

LEMAN, A. 1978 *Der unsichtbare Dispat-cher* (Berlin, Neues Leben)

LORENZ, P. *Quarantäne im Kosmos* (Berlin, Neues Leben)

MAESTRE ALFONSO, J. 1978 *Medio ambiente y sociedad* (Madrid, Editorial Ayuso)

MALZBERG, B. N. 1973 *Phase IV* (New York, Macmillan)

MOORE, W. 1977 *Más verde de lo que creéis* (Barcelona, Editorial Acervo)

NIVEN, L. 1986 *Los árboles integrales* (Barcelona, Editorial Acervo)

PÁRAL, V. 1983 *Válka s mnohozvířetem* (Praha, Československý spisovatel)

ROBINSON, K. S. 2012 *Nueva York, 2140* (Barcelona, Minotauro)

SMIL, V. 1997 *Cycles of Life: Civilization and the Biosphere* (New York, Scientific American Library)

STABLEFORD, B. 1988 *The biology and sociology of alien worlds*, *Social Biology Hum. Affairs* 52, 45-57.

SZILARD, L. 1963 *La voz de los delfines* (Buenos Aires, Compañía General Fabril)

TEPPER, Sh. S. 1991 *Hierba* (Barcelona, Ultramar Editores)

TURNER, G. 1989 *Las torres del olvido* (Barcelona, Ediciones B)

TUSCHEL, K. H. 1978 *Die blaue Sonne der Paksi* (Berlin, Neues Leben)

VERNADSKY, V. I. 1997 *The Biosphere* (New York, Copernicus)

WATKINS, W. J., SNYDER, E. V 1972 *Eco-death* (New York, Doubleday)

WYNDHAM, J. 2021 *El día de los trífidos* (Madrid, Alianza Editorial)

WYNDHAM, J. 1979 *Web* (London, Michael Joseph Ltd.)

NOTAS

[1] Véase por ejemplo el detallado estudio del sociólogo Juan Maestre Alfonso citado en la bibliografía.

[2] Algunos de estos extraños ecosistemas son incluso terrestres, como es el caso de los volcanes submarinos y las especies que viven en dichas condiciones extremas; tómese por ejemplo la familia Polychaeta polynoidae.

[3] Una cuestión similar se observa con la sistematización de los sistemas dinámicos depredador-presa formalizados matemáticamente a principios del siglo XX por Volterra y Lotka, entre otros.

[4] El término de biósfera se debe originalmente, a su vez, al geólogo vienés Eduard Suess (1831-1914).

[5] Las pueriles y mayoritariamente científicamente insostenibles descripciones de planetas exóticos típicos de la llamada opera espacial, dominante en esta época, no son merecedoras de mención.

[6] Excepción hecha de ciertos errores de peso, tales como la suposición de que no hay rotación en Venus.

[7] Obviamente, en 1935 se ignoraba el marcado carácter volcánico de Ío, que hace imposible la existencia del tipo de flora descrito en el relato.

[8] Una excepción notable es, por supuesto, la Rebelión en la granja de George Orwell.

[9] Se trata concretamente de la versión novelada de un guion cinematográfico del mismo título.

[10] Podría mencionarse en este contexto la polémica surgida en torno al DDT, donde a día de hoy no está del todo resuelto si su retirada del mercado fue ocasionada por los potenciales riesgos ecológicos o por la ausencia de patentes, que impedían el monopolio comercial de esta sustancia por ciertas empresas químicas.

[11] Aunque conocido principalmente por la versión novelada de guiones cinematográficos, Foster es asimismo el autor original de algunas interesantes novelas y sagas de ciencia ficción.

[12] Que tales "optimizaciones" son esencialmente erróneas ha quedado sobradamente demostrado mediante los problemas y consecuencias adversas de la política del monocultivo implementada durante muchas décadas.

